

CRISTIANIDAD

Al Reino de Cristo por los Corazones de Jesús y de María

«Y VIÓ DIOS QUE ERA BUENO»



A LOS 800 AÑOS DEL
«CÁNTICO DE LAS CRIATURAS»
DE SAN FRANCISCO DE ASÍS

Año LXXXI- Núm. 1121 Diciembre 2024



ÍNDICE DE CONTENIDOS

3	Razón del número	31	Orientaciones bibliográficas <i>Ibon Elósegui</i>
6	Cómo compuso san Francisco de Asís el «Cántico de las criaturas»	34	Hemos leído <i>Aldobrando Vals</i>
7	Cántico de las criaturas (S. Francisco de Asís, invierno de 1225)	37	Pro beatificación padre Enrique Ramière
9	¡Qué admirables son tus obras! Una lectura tomista de una contemplación ignaciana <i>Lucas Pablo Prieto</i>	38	Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa Presas</i>
13	Creación y contemplación <i>José Agustín Recabarren</i>	40	Hace 75 años <i>Ibón Elósegui</i>
17	Una nueva «religión política»: la «religión climática» <i>Jorge Soley</i>	43	Actualidad religiosa <i>Javier González</i>
21	El ecologismo contemporáneo: entre sacralización y secularización <i>Stefano Abatte</i>	45	Actualidad política <i>Jorge Soley</i>
25	La relación del hombre con Dios determina la relación con la naturaleza <i>Compendio de la doctrina social de la Iglesia</i>		

Razón del número

La creación que nos habla del Creador

Con motivo de la celebración de los 800 años del «Cántico al sol» de san Francisco de Asís hemos querido dedicar el presente número a poner en evidencia el contraste radical entre las actitudes de los ecologismos de recién hechura y una contemplación agradecida y gozosa de la naturaleza creada.

EN nuestros días hay algunas actitudes que parecen obligatorias a pesar de que en sus presupuestos, no siempre explicitados, y en sus realizaciones concretas están llenas de contradicciones. Entre ellas juega un papel muy destacado el ecologismo. Amparados por este nombre nos encontramos con teorías y acciones muy diversas, algunas no sólo son legítimas, sino también necesarias dadas las condiciones de vida de la actual sociedad, sin embargo, cuando se asume una visión de la realidad ajena completamente a la fe cristiana, como es el caso de gran parte del ecologismo actual, se da pie a que muchos de sus planteamientos puedan ser interpretados como una pseudoreligión que intenta ocupar el lugar de la religión olvidada, con consecuencias muy contrarias al bien común e incluso con determinaciones profundamente inhumanas.

Con motivo de la celebración de los 800 años del «Cántico al sol» de san Francisco de Asís hemos querido dedicar el presente número a poner en evidencia el contraste radical en-

tre las actitudes de los ecologismos de recién hechura y una contemplación agradecida y gozosa de la naturaleza creada por Dios, que nos habla

Cuando se asume una visión de la realidad ajena completamente a la fe cristiana, como es el caso de gran parte del ecologismo actual, da pie a que muchos de sus planteamientos puedan ser interpretados como una pseudoreligión.

de su omnipotencia y bondad con todos los que la habitarán a lo largo de toda la historia.

Siempre es oportuno y necesario recordar las palabras del Génesis que nos relatan la creación. En primer lugar la insistencia en la afirmación de que lo creado por Dios es bueno: «Y vio Dios que era bueno» (Gèn1.4,10,12,18,21 y 25). Lo creado por Dios es bueno, y es bueno para

el hombre. El hombre es creado a imagen de Dios, él es la culminación de la omnipotencia y bondad del Creador, por ello añadirá el Génesis «Y vio Dios todo lo que había hecho y he aquí que era muy bueno» (Gen. 1.31). Al ser creado el hombre recibe un mandato de su Creador: «Creced y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla» (Gen 1,28) y en el mismo Génesis encontramos otra formulación del mismo mandato: «El Señor Dios tomó al hombre y lo colocó en el jardín del Edén para que lo trabajara y guardara» (Gen 2,1,5).

Todas estas palabras del Génesis nos señalan la relación entre el hombre y la naturaleza, con la última referencia a su Creador. En principio no hay enemistad entre el hombre y la naturaleza. **La naturaleza es la casa común donde es acogido el hombre para que pueda realizar el fin para el que ha sido creado, dar gloria a Dios.** Está destinada la naturaleza al servicio del hombre y

gracias a ella tendrá a su disposición los recursos necesarios para satisfacer sus necesidades vitales. Por ello mismo tendrá que trabajarla y cuidarla de modo que pueda cumplir el primer mandato de «creced y multiplicaos». Una utilización desmedida de los recursos en un presente que dejara sin posibilidades a las futuras generaciones significaría un desprecio del mandato divino. Este criterio ecológico está en las antípodas de aquellas consideraciones hoy no infrecuentes que ven en cada nuevo nacimiento un atentado contra la naturaleza, como si aprovecharse de sus recursos fuera un atentado a su integridad. **Estas actitudes maltusianas de nuevo cuño reflejan un desprecio de la dignidad humana, fruto de una pretendida superioridad inmanente de la naturaleza ,consecuencia de una concepción ideológica de origen panteísta.**

Además la creación toda ella nos habla de su Creador, así lo expre-

sa el rey David en el salmo 19: «El cielo proclama la gloria de Dios, el firmamento pregona la obra de sus manos»: pues «de la grandeza y hermosura de las criaturas se llega, por analogía, a contemplar a su Autor» (Sabiduría 13, 5; cf. Romanos 1, 20). Esto mismo expresaba santa Teresa en sus escritos: «¡Cuánto bien hicieron a mi alma aquellas maravillas de la naturaleza derramadas con profusión!» (*Historia de un alma* manuscrito A).

Esta actitud contemplativa a la que invita toda la creación es algo absolutamente obligado en la vida cristiana, sin ella nuestra piedad carece de la admiración y alabanza a Dios tan propia de nuestra fe. Si esto siempre es así podemos decir que en Navidad es aún más necesario, para que nuestra mirada esté cautivada por la contemplación de aquel Niño de Belén «envuelto en pañales y acostado en un pesebre» que ha venido a salvarnos.

La naturaleza, para recreo del hombre

«¿Para qué, pues, sirve todo esto, sino para recreación del hombre, para que tuviese en qué apacentar la vista de los ojos del cuerpo, y mucho más los del ánima, contemplando aquí la hermosura del Criador y el cuidado que tuvo, no sólo de nuestro mantenimiento, como padre de familia para sus criados, sino como padre verdadero para con sus hijos, e hijos regalados? Y como tal, no se contenta con proveerles de lo necesario para su conservación, sino también de cosas fabricadas para su recreación» .

«¿Qué diremos de tantas diferencias de flores tan hermosas, que no sirven para mantenimiento, sino para sola recreación del hombre? Porque ¿para qué otro oficio sirven las clavelillas, los claveles, los lirios, las azucenas y alhelíes, las matas de albahaca, y otras innumerables diferencias de flores, de que están llenos los jardines, los montes, y los campos y los prados, de ellas blancas, de ellas coloradas, de ellas amarillas, de ellas moradas, y de otros muchos colores, junto con el primor y artificio con que están labradas, y con El orden y concierto de las hojas que las cercan, y con el olor suavísimo que muchas de ellas tienen?»

CRISTIANDAD

les desea una feliz y santa Navidad

*¡Ah, pastores que veláis,
por guardar vuestro rebaño,
mirad que os nace un Cordero,
Hijo de Dios Soberano!*

Viene pobre y despreciado,
comenzadle ya a guardar,
que el lobo os le ha de llevar,
sin que le hayamos gozado.
–Gil, dame acá aquel cayado
que no me saldrá de mano,
no nos lleven al Cordero:
¿no ves que es Dios Soberano?

¡Sonzas!, que estoy aturdido
de gozo y de penas junto.
¿Si es Dios el que hoy ha nacido,
cómo puede ser difunto?
¡Oh, que es hombre también junto!
La vida estará en su mano;
mirad, que es este el Cordero,
Hijo de Dios Soberano.

No sé para qué le piden,
pues le dan después tal guerra.
Mía fe, Gil, mejor será
que se nos torne a su tierra.

Si el pecado nos destierra,
y está el bien todo en su mano,
ya que ha venido, padezca
este Dios tan Soberano.

Poco te duele su pena;
¡oh, cómo es cierto del hombre,
cuando nos viene provecho,
el mal ajeno se esconde!
¿No ves que gana renombre
de pastor de gran rebaño?
Con todo, es cosa muy fuerte
que muera Dios Soberano.

Hoy nos viene a redimir
un zagal, nuestro pariente,
Gil, que es Dios omnipotente.
Por eso nos ha sacado
de prisión a Satanás;
mas es pariente de Bras,
y de Menga, y de Llorente.
¡Oh, que es Dios omnipotente!

Santa Teresa de Jesús



Cómo compuso san Francisco de Asís el «Cántico de las criaturas»

«Por la mañana, a la salida del Sol, todo hombre debería alabar a Dios que lo creó, pues durante el día nuestros ojos se iluminan con su luz; por la tarde, cuando anochece, todo hombre debería loar a Dios por esa otra criatura, nuestro hermano el fuego, pues por él son iluminados nuestros ojos de noche».

San Francisco de Asís compone el «Cántico de las criaturas», según la leyenda de Perusa¹

YACÍA en este mismo lugar [San Damián] el bienaventurado Francisco y llevaba más de cincuenta días sin poder soportar de día la luz del sol, ni de noche el resplandor del fuego. Permanecía constantemente a oscuras tanto en la casa como en aquella celdilla. Tenía, además, grandes dolores en los ojos día y noche, de modo que casi no podía descansar ni dormir durante la noche; lo que dañaba mucho y perjudicaba a la enfermedad de sus ojos y sus demás enfermedades. Y lo que era peor: si alguna vez quería descansar o dormir, había tantos ratones en la casa y en la celdilla donde yacía –que estaba hecha de esteras y situada a un lado de la casa–, que con sus correrías encima de él y a su alrededor no le deja-

¹ La leyenda de Perusa es un texto original perteneciente al florilegio de Greccio, atribuido comúnmente al hermano León, sacerdote, confesor e íntimo de san Francisco, a quien éste solía llamar «ovejuela de Dios».

ban dormir, y hasta en el tiempo de la oración le estorbaban sobremanera. Y no sólo de noche, sino también le molestaban de día: cuando se ponía a comer, saltaban sobre su mesa; lo cual indujo a sus compañeros y a él mismo a pensar que se trataba de una tentación diabólica, como era en realidad.

En esto, cierta noche, considerando el bienaventurado Francisco cuántas tribulaciones padecía, sintió compasión de sí mismo y se dijo: «Señor, ven en mi ayuda en mis enfermedades para que pueda soportarlas con paciencia». De pronto le fue dicho en espíritu: «Dime, hermano: si por estas enfermedades y tribulaciones alguien te diera un tesoro tan grande que, en su comparación, consideraras como nada el que toda la tierra se convirtiera en oro; todas las piedras, en piedras preciosas, y toda el agua, en bálsamo; y estas cosas las tuvieras en tan poco como si en realidad fueran sólo pura tierra y piedras y agua materiales, ¿no te alegrarías por tan gran tesoro?». Respondió el bienaventurado Francisco: «En verdad, Señor, ése sería un gran tesoro, inefable, muy



Cántico del hermano sol, J. Segrelles.

precioso, muy amable y deseable». «Pues bien, hermano –dijo la voz–; regocíjate y alégrate en medio de tus enfermedades y tribulaciones, pues por lo demás has de sentirte tan en paz como si estuvieras ya en mi Reino».

Por la mañana al levantarse dijo a sus compañeros: «Si el emperador diera un reino entero a uno de sus siervos, ¿no debería alegrarse sobremanera? Y si le diera todo el imperio, ¿no sería todavía mayor el contento?». Y añadió: «Pues yo debo rebosar de alegría en mis enfermedades y tribulaciones, encontrar mi consuelo en el Señor y dar rendidas gracias al Padre, a su Hijo único Nuestro Señor Jesucristo y al Espíritu Santo, porque Él me ha dado esta gracia y bendición; se ha dignado en su misericordia asegurarme a mí, su pobre e indigno siervo, cuando todavía vivo en carne, la participación en su Reino. Por eso, quiero componer para su gloria, para consuelo nuestro y edificación del prójimo una nueva

alabanza del Señor por sus criaturas. Cada día ellas satisfacen nuestras necesidades; sin ellas no podemos vivir, y, sin embargo, por ellas el género humano ofende mucho al Creador. Cada día somos ingratos a tantos dones y no loamos como debiéramos a nuestro Creador y al Dispensador de todos estos bienes».

Se sentó, se concentró un momento y empezó a decir: «Altísimo, omnipotente, buen Señor...». Y compuso para esta alabanza una melodía que enseñó a sus compañeros para que la cantaran. Su corazón se llenó de tanta dulzura y consuelo, que quería mandar a alguien en busca del hermano Pacífico, en el siglo rey de los versos y muy cortés maestro de cantores, para que, en compañía de algunos hermanos buenos y espirituales, fuera por el mundo predicando y alabando a Dios.

Quería, y es lo que le aconsejaba, que primero alguno de ellos que supiera predicar lo hiciera y que después de la predicación cantaran

las alabanzas del Señor, como verdaderos juglares del Señor. Quería que, concluidas las alabanzas, el predicador dijera al pueblo: «Somos juglares del Señor, y la única paga que deseamos de vosotros es que permanezcáis en verdadera penitencia». Y añadía: «¿Qué son, en efecto, los siervos de Dios sino unos juglares que deben mover los corazones para encaminarlos a las alegrías del espíritu?» (cf. *Admoniciones* 20). Y lo decía en particular de los hermanos menores, que han sido dados al pueblo para su salvación.

A estas alabanzas del Señor, que empiezan por «Altísimo, omnipotente, buen Señor...», les puso el título de *Cántico del hermano sol*, porque él es la más bella de todas las criaturas y la que más puede asemejarse a Dios.

Solía decir: «Por la mañana, a la salida del sol, todo hombre debería alabar a Dios que lo creó, pues durante el día nuestros ojos se iluminan con su luz; por la tarde, cuando anochece, todo hombre debería loar a Dios por esa otra criatura, nuestro hermano el fuego, pues por él son iluminados nuestros ojos de noche». Y añadió: «Todos nosotros somos como ciegos, a quienes Dios ha dado la luz por medio de estas dos criaturas. Por eso debemos alabar siempre y de forma especial al glorioso Creador por ellas y por todas las demás de las que a diario nos servimos».

Él así lo hizo, y lo hacía con alegría en la salud y en la enfermedad, e invitaba a los demás a que alabaran al Señor. Y, cuando arreciaban sus dolores, él mismo entonaba las alabanzas del Señor y hacía que las continuaran sus compañeros, para que, abismado en la meditación de la alabanza del Señor, olvidara la violencia de sus dolores y males. Así perseveró hasta el día de su muerte.

Cántico de las criaturas (San Francisco de Asís, invierno de 1225)

ALTÍSIMO, omnipotente, buen Señor,
tuyas son las alabanzas, la gloria y el honor y toda bendición.
A ti solo, Altísimo, corresponden,
y ningún hombre es digno de hacer de ti mención.
Lado seas, mi Señor, con todas tus criaturas,
especialmente el señor hermano sol,
el cual es día y por el cual nos alumbras.
Y él es bello y radiante con gran esplendor;
de ti, Altísimo, lleva significación.
Lado seas, mi Señor,
por la hermana luna y las estrellas;
en el cielo las has formado luminosas y preciosas y bellas.
Lado seas, mi Señor,
por el hermano viento,
y por el aire y el nublado y el sereno y todo tiempo,
por el cual a tus criaturas das sustento.
Lado seas, mi Señor, por la hermana agua,
la cual es muy útil y humilde y preciosa y casta.
Lado seas, mi Señor, por el hermano
fuego, por el cual alumbras la noche,
y él es bello y alegre y robusto y fuerte.
Lado seas, mi Señor, por nuestra hermana la madre tierra,
la cual nos sustenta y gobierna,
y produce diversos frutos con coloridas flores y hierbas.
Lado seas, mi Señor, por aquellos que perdonan por tu amor,
y soportan enfermedad y tribulación.
Bienaventurados aquellos que las sufren en paz,
pues por ti, Altísimo, coronados serán.
Lado seas, mi Señor, por nuestra hermana la muerte corporal,
de la cual ningún hombre viviente puede escapar.
¡Ay de aquellos que mueran en pecado mortal!
Bienaventurados aquellos a quienes encontrará en tu santísima voluntad,
pues la muerte segunda no les hará mal.
Load y bendecid a mi Señor
y dadle gracias y servidle con gran humildad.

¡Qué admirables son tus obras! Una lectura tomista de una contemplación ignaciana

Lucas Pablo Prieto hnssc

Las criaturas no sólo son dones de Dios, sino que son bienes porque participan de Dios. Todo lo que podemos encontrar en la tierra no es sino un pálido reflejo del único bueno; por su misma dinámica se ordena a una respuesta de amor por parte de la criatura.

CASI al inicio de la *Suma de teología*, santo Tomás adelanta el plan de la obra y señala que la consideración de Dios abarca tres partes: aquello relativo a la esencia divina, lo que pertenece a la distinción de personas y la procesión de las criaturas... en otras palabras, al tratar sobre la creación, ¡lo hace dentro del estudio de Dios! Y no es casualidad. Chesterton decía que, si tuviésemos que añadir algún título al nombre de Tomás, probablemente sería «del Creador». En efecto, **uno de los méritos más admirables del santo dominico fue pensar la creación sin contraponerla ni desvincularla del Creador, sino siempre remitiéndola a su principio, aunque reconociendo también su consistencia y autonomía.** En un mundo donde se ha perdido en gran medida esta mirada contemplativa y sintética de la realidad, parece oportuno recuperar lo que los

santos han conseguido descubrir en la creación.

La relación de la criatura con el creador en san Ignacio de Loyola

Podrían recorrerse numerosos caminos para lograrlo, pero un medio adecuado es la relectura de la «contemplación para alcanzar amor» de san Ignacio de Loyola a la luz de la metafísica tomasiana. En efecto, san Ignacio propone cuatro puntos para reconocer «tanto bien recibido» y en cada uno de ellos se refleja, de algún modo, esa admirable relación entre el Creador y la criatura tal como la concebía santo Tomás de Aquino. En otras palabras, desde la creación nos remontamos al Creador, porque la obra de Dios manifiesta su bondad.

En el primer punto san Ignacio nos propone «traer a la memoria los beneficios recibidos de creación,



redención y dones particulares» (EE 234), pero la intención no es primeramente admirar dichos bienes, sino caer en la cuenta del principio por el cual se comunican. Lo que subyace es la **comunicatividad** del bien divino que en último término se difunde para dársenos Él mismo. En esta difusión, por lo mismo, hay dos ideas implicadas. En primer lugar, todo lo que Dios ha creado es bueno y, por lo mismo, se nos ha dado como medio para progresar en el camino hacia el Creador. Esta visión supone la superación de raíz de toda tentación dualista y maniquea. Como dice santo Tomás, «las criaturas en cuanto tales no alejan de Dios, sino que conducen a Él; el hecho de que aparten no procede de ellas, sino de la culpa de los que neciamente usan de ellas» (STh I, q. 66, a. 1 ad3). En segundo lugar, el texto ignaciano invita no sólo a contemplar los beneficios recibidos, sino a caer en la cuenta de que en su misma dimensión de bondad son un signo de cómo «el mismo Señor desea darse». Es decir, los mismos bienes creados manifiestan el amor

de Dios por su criatura espiritual, porque «el amor consiste en la comunicación de las dos partes, es a saber, en dar y comunicar el amante al amado lo que tiene o de lo que tiene o puede» (EE 231). **La consideración de la creación remite al Creador como a su fuente, no sólo porque los bienes creados participan de la bondad de Dios (lo veremos en el cuarto punto), sino porque en su estructura nos hablan del sentido por el cual nos son dados, a saber, para recibir al Creador.**

El **segundo punto** de la «contemplación para alcanzar amor» nos invita a mirar «cómo Dios habita en las criaturas» (EE 235). Este tema es un lugar clásico dentro de la teología católica y también santo Tomás de Aquino lo abordó en sus principales obras y, retomando una fórmula común, afirmó que Dios está en todas las cosas por esencia, presencia y potencia. Ahora bien, esta presencia no debe entenderse obviamente como un contacto físico o cuantitativo (propia de los entes materiales), sino que se realiza como un contacto virtual, según

que la virtud del agente se comunica al efecto. **Dios está en su creación como la causa está en el efecto, es decir, Dios está presente en todo lo que existe porque lo sostiene en el ser. Por la misma razón, la presencia divina es radicalmente distinta a cualquier otra presencia.** Dios no sólo está en todas las criaturas, sino que también penetra todo lo que éstas son, porque el ser mismo, acto intensivo y fundamento de todo ente, proviene directamente de Él. Las implicaciones no sólo metafísicas, sino también espirituales, que se siguen de esta doctrina son considerables. El mundo no es simplemente obra de Dios, sino que en sí mismo remite a Dios y nos habla de su presencia porque «donde está la virtud de Dios, ahí está la esencia de Dios, ya que en Dios lo mismo es la esencia y la virtud» (*Super Io*, 13, l. 4, n. 1810). Además, la presencia de Dios no se reduce simplemente a esta causalidad del ser, pues «por encima de este modo común, hay otro especial que corresponde a la criatura racional, en la que se dice que Dios se encuentra como lo co-

nocido en quien conoce y lo amado en quien ama, y porque, conociendo y amando, la criatura racional llega por su mismo obrar hasta el mismo Dios. Según este modo especial, no solamente se dice que Dios se encuentra en la criatura racional, sino también que está en ella como en su templo» (S.Th. I, q. 43, a. 3).

San Ignacio señala **un tercer modo** como podemos descubrir a Dios a partir de las criaturas, a saber, en cuanto «trabaja y labora por mí en todas cosas criadas sobre la faz de la tierra» (EE 236). El primer punto se ordenaba a considerar cómo todos

«Toda esa hermosura hacía nacer en mi alma pensamientos muy profundos»

¡Cuánto bien, Madre querida, hicieron a mi alma todas aquellas maravillas de la naturaleza derramadas con tanta profusión! ¡Cómo la hicieron elevarse hacia quien quiso sembrar de tanta obra maestra esta tierra nuestra de destierro que no ha de durar más que un día...! No tenía ojos bastantes para mirar. De pie, pegada a la ventanilla, casi se me cortaba la respiración. Hubiera querido estar a los dos lados del vagón, pues, al volverme, contemplaba paisajes de auténtica fantasía y totalmente diferentes de los que se extendían ante mí.

Unas veces nos hallábamos en la cima de una montaña. A nuestros pies, [58r^o] precipicios cuya profundidad no podía sondear nuestra mirada parecían dispuestos a engullirnos...

Otras veces era un pueblecito encantador, con sus esbeltas casitas de montaña y su campanario sobre el que se cernían blandamente algunas nubes resplandecientes de blancura...

(...) La contemplación de toda esa hermosura hacía nacer en mi alma pensamientos muy profundos. Me parecía comprender ya en la tierra la grandeza de Dios y las maravillas del Cielo...

La vida religiosa se me aparecía tal cual es, con sus sujeciones y sus pequeños sacrificios realizados en la sombra. (...) Ahora que «mi corazón ha vislumbrado lo que Jesús tiene preparado para los que lo aman», no tendré la desgracia de apegarme a unas pajas...

Santa Teresa del Niño Jesús, *Historia de un alma*, manuscrito A



los bienes proceden de la fuente divina y se ordenan a ella; el segundo, a mostrar la presencia de inmensidad de Dios y a descubrirlo en sus obras. Este tercer punto nos propone más directamente la consideración del gobierno divino y el modo como Dios conduce todas las cosas al fin, es decir, cómo la promoción de las criaturas al bien tiene su origen en Dios y cómo esta presencia causal funda la colaboración de la criatura. El *Catecismo de la Iglesia católica* resume esta idea diciendo que «es una verdad inseparable de la fe en Dios Creador [que Él] actúa en las obras de sus criaturas. Es la causa primera que opera en y por las causas segundas: “Dios es quien obra en vosotros el querer y el obrar, como bien le parece” (Flp 2,13). Esta verdad, lejos de disminuir la dignidad de la criatura, la realza. Sacada de la nada por el poder, la sabiduría y la bondad de Dios, no puede nada si está separada de su origen, porque sin el Creador, la criatura se diluye» (CEC 308). Dos son las ideas que se desprenden de este texto. En primer lugar, Dios es la causa primera que sostiene y dirige el obrar de las criaturas, de tal modo que es la fuente de todo lo que hacen. Ahora bien, no sólo es la causa primera que mueve a las cosas a su operación, sino que a todas las dirige eficazmente a su bien. En este sentido, el designio de Dios se realiza infaliblemente porque como causa universal abarca toda acción de la criatura. En efecto, la voluntad divina que conduce las cosas al bien tiene en consideración todo aquello que puede producir la criatura y tiene también en cuenta los efectos resultantes, incluso sus fallos, pero todo lo hace concurrir a la realización de su designio. Pero,

en segundo lugar, «Dios obra en las cosas, pero las cosas mismas tienen también su propia operación» (STh I, q. 105, a. 5), porque Dios no sólo da el ser a la criatura, sino que desea también que sea causa del bien

La contemplación ignaciana no termina en el reconocimiento de la bondad divina, sino que por su misma dinámica se ordena a una respuesta de amor por parte de la criatura.

para otros. Este es, quizás, uno de los elementos centrales de la metafísica tomasiana de la creación. En efecto, **para santo Tomás la bondad del Creador se manifiesta no sólo en la constitución de las cosas, sino principalmente en el hecho de que las cosas pueden colaborar en la obra de Dios y ser también ellas causas del bien.** Como gustaba citar a un comentador del Aquinate, «no hay nada más divino que ser hecho cooperador de Dios» (*In Iam* q. 44, a. 4, n. IV).

La contemplación ignaciana se ordena a una respuesta de amor por parte de la criatura

La contemplación ignaciana acaba invitando a «mirar cómo todos los bienes y dones descienden de arriba» (EE 237), es decir, participan de Dios. La bondad de las criaturas no es una bondad absoluta, sino que apunta siempre al Creador. Como dice santo Tomás, «aquellas cosas que son por participación se reducen a aquello que es por esencia como en su causa; en efecto, todo

aquello que está inflamado tiene la causa de su inflamación de algún modo en el fuego. Por tanto, puesto que sólo Dios es bueno por esencia [...] todas las otras cosas obtienen la compleción de su bondad por cierta participación» (*Comp. theol.*, I, c. 123). De algún modo, en este último punto se resumen y condensan todos los demás. **Las criaturas no sólo son dones de Dios, sino que son bienes porque participan de Dios. Todo lo que podamos encontrar en la tierra no es sino un pálido reflejo del único bueno.** En este sentido, la contemplación de la criatura manifiesta el origen de toda bondad en Dios y, por lo mismo, es un llamamiento a remitir siempre todo el bien a su fuente.

Ahora bien, la contemplación ignaciana no termina en el reconocimiento de la bondad divina, sino que por su misma dinámica se ordena a una respuesta de amor por parte de la criatura. «El amor consiste en comunicación de las dos partes» y justamente por eso nosotros debemos devolver a Dios amor por amor. Esta es la lógica de la comunicación: **Él nos ha dado todo (se ha dado todo) y de algún modo también espera nuestro todo.** No porque lo necesite, sino porque así podrá seguir colmándonos de bienes. Esta es la perspectiva de la última contemplación de los ejercicios, porque se sobreentiende que la creación entera, como manifestación de la bondad divina, no es término de nuestra actividad. Los múltiples dones que Dios nos ofrece no son para que nos quedemos en ellos, sino para que comprendamos que **Él quiere establecer una relación de amistad con cada uno de nosotros.**

Creación y contemplación

José Agustín Recabarren Vial

Las «cosas que crecen» dan testimonio del amor que Dios nos tiene y nos permiten ajustar nuestra vida al ritmo contemplativo, único compás en torno al cual nuestra existencia está a salvo de la tiranía de la utilidad.

A Saruman ya no le interesan las cosas que crecen». Así es descrito el corazón de Saruman en *El Señor de los Anillos*. ¿Quién es Saruman? Un personaje cuyo corazón se ha vuelto malo. El síntoma de esta enfermedad interior es el desprecio por las cosas que crecen, es decir, por las cosas naturales. Ahora sólo le interesan esas cosas que él mismo va fabricando; esas cosas que no tienen un ritmo propio, sino que están sometidas a su control. Las cosas que crecen se le han transformado en una amenaza; en una realidad que pone un freno a esa voluntad suya de tenerlo todo bajo su soberanía. Esta situación interior tiene un reflejo exterior: Issengard, la ciudad en la que ya no hay lugar para los árboles ni las flores.

La situación de Saruman habla al corazón del hombre contemporáneo. ¿Qué tiene que ver la felicidad de un hombre con «las cosas que crecen»? ¿Hay un mensaje conte-

nido en el interior de las cosas naturales? ¿Tiene algo que decirnos el mundo natural en el que se desenvuelve nuestra existencia? ¿Por qué hemos de prestar atención hacia las cosas que crecen? Intentemos comprender el significado de algunas de las letras contenidas en ese inmenso libro que es la naturaleza.

«En el principio creó» (Gn 1,1)

La luz de la fe nos ayuda a esclarecer el significado del mundo natural. La Sagrada Escritura comienza diciendo que «en el principio creó Dios el cielo y la tierra». Se nos está señalando cuál es el principio del universo, es decir, aquello de dónde máximamente proceden todas las cosas. En el principio está Dios. Dios, que es absolutamente perfecto en sí mismo, decide hacer que las creaturas sean. Este acto creador tiene dos notas: es libre y gratuito. La creación es un acto libre, en cuanto que Dios podría no haber creado. Además, la creación es total-



mente gratuita, ya que Dios no adquiere ninguna perfección al crear. No crea para obtener algo que no tenga, sino para compartir lo que ya tiene. Según esto, la creación tiene por principio y fundamento un acto de amor gratuito. En otras palabras, la raíz última de la que pende cada creatura es el amor por el que Dios la hace ser.

Ahora bien, Dios no ama de la misma manera a todas sus creaturas. Si es que ellas son realmente distintas, distinto también ha de ser el acto amoroso que las sostiene en la existencia. Esto es lo que nos da la clave para comprender la radical diferencia entre el ser humano y el resto de las creaturas visibles. Dios ama a cada hombre por sí mismo, mientras que a las creaturas las ama

para el hombre. En el hombre aparece una bondad mayor: la bondad de ser amado personalmente.

A la luz de estas verdades, el hombre se vuelve capaz de reconocer que las creaturas que le rodean son un testimonio del amor que Dios nos tiene. Si es que el sol, la luna y las estrellas siguen existiendo es porque Dios las ama como un medio para nuestro bien; como algo que contribuye a la realización de lo que Dios ha pensado para cada uno de nosotros desde toda la eternidad. Así, lo más verdadero que se puede decir acerca de las creaturas es que son un don de Dios; una muestra del amor que Dios nos tiene.

Como Dios es perfecto, sus obras se adecuan perfectamente a la intención de su Autor. Por esto, Dios no pudo haber fallado en su intento de darnos a conocer su Amor mediante el universo que ha creado para nosotros. De aquí surge una certeza: la contemplación de las creaturas es fuente desde la cual podemos adentrarnos en el conocimiento del Creador, puesto que Él ha dejado en ellas su huella. Así lo expresa san Juan de la Cruz en su *Cántico espiritual*:

¡Oh, bosques y espesuras
Plantadas por la mano del Amado!
¡Oh, prado de verduras,
de flores esmaltado!
Decid si por vosotros ha pasado.

(Respuesta de las creaturas)
Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura,
y, yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de su hermosura.

Situados en esta perspectiva, podemos acercarnos a las creaturas con el deseo de escudriñar cómo es

su Autor. Aunque Dios no sea corpóreo, en Él se encuentra cuánto hay de admirable en la fuerza del león, en la delicadeza de una flor, en la inmensidad del océano, en la altura de las montañas, en la claridad del cielo iluminado, en la profundidad de la tierra, en la velocidad de un ave...etc. Por esto, **Dios se nos ha dado a conocer comparándose a sí mismo con las creaturas**: «Más que la voz de muchas aguas, más imponente que las ondas del mar, es imponente el Señor en las alturas» (Sal 93, 4); «¿Quién es Roca, sino sólo nuestro Dios?» (Sal 18, 32); «En pos del Señor marcharán, él rugirá como un león» (Os 11, 10). No es que Dios sea literalmente imponente como el mar, duro como la roca o sonoro como el león. Pero hay una semejanza entre la fuerza del mar y su omnipotencia; entre la dureza de la roca y su inconmutabilidad; y entre la potencia del león y la eficacia de su Palabra. En virtud de esta semejanza, el creyente aprende a contemplar al Creador en sus creaturas; a descifrar en «las cosas que crecen» una noticia del Eterno.

**«Amarás la belleza, que es la sombra de Dios en el universo»
(Gabriela Mistral)**

Cuando alzamos nuestra vista hacia «las cosas que crecen», nos damos cuenta de que hay en ellas una armonía. ¿Qué significa esto? Que las cosas naturales tienen un tiempo y ritmo propio. Una planta tiene un tiempo de crecimiento, un animal tiene un tiempo de descanso, el Sol es visto por nosotros cada cierto tiempo, la tierra tiene un tiempo para cada estación...etc. Las cosas naturales no se mueven de forma caótica, sino que se mueven de acuerdo a una cierta regularidad. Están naturalmente ordenadas.

La conciencia de esta armonía interpela al ser humano. Si este mundo en el que cada uno de nosotros vive está dotado de un ritmo propio, surge la siguiente pregunta: ¿El ser humano también tiene su tiempo propio? ¿Hay algún compás en nuestro interior al que nuestras acciones deban ajustarse? Al hacerse estas preguntas, el ser humano va tomando conciencia de que su vida debe desenvolverse de acuerdo a un orden que le ha sido dado; que forma parte de un cosmos que él no ha diseñado; que su existencia en este mundo es similar al lugar que ocupa un músico en una orquesta.

Surge ante nosotros, entonces, la misión de ir aprendiendo a descifrar cuál es ese ritmo; cuál es esa otra armonía en la que la propia vida ha de vivirse. Esta misión es esencialmente contemplativa: no se trata de inventar un orden, sino de descubrirlo. En otras palabras, cada uno de nosotros debe ir descubriendo cuál es la armonía propia de una vida humana. Como sostuvo Benedicto XVI, hay una ecología para el hombre, es decir, una lógica insertada en esa realidad que es el hombre a la que nuestras acciones deben ajustarse. La diferencia entre el ser humano y el resto de las criaturas materiales es que el ser humano es libre. Por esto, el hombre tie-

ne la misión de ir descubriendo cuál es el ritmo de una vida propiamente humana, junto con la responsabilidad de tener que elegir si ajustarse o no a tal ritmo.

Frente a la belleza de la creación, el hombre aprende lo que es amar el conocimiento por sí mismo, incluso al margen de su utilidad. De esta manera, el hombre va aprendiendo que hay bienes que son amables por ellos mismos.

Si alguien preguntara cuáles son las notas que definen la armonía que ha de regir la vida humana, podrían ofrecerse distintas características. Hay una que guarda especial relación con la naturaleza: la actitud contemplativa. ¿En qué consiste esta actitud? En relacionarse con la realidad como con un misterio que admite ser escudriñado y admirado. Podemos precisar aún más esta actitud si la comparamos con la actitud puramente técnica, por la cual el hombre se sitúa ante la realidad como si ésta no fuera más que una materia de la que hay que disponer según la propia voluntad; como si no tuviera en sí nada digno de ser descubierto.

Las cosas naturales hacen posible la actitud contemplativa, ya que su conocimiento nos resulta gozoso. Es fácil gozar de una puesta de sol o del canto de un ave. Frente a la belleza de la creación, el hombre aprende lo que es amar el conocimiento por sí mismo, incluso al margen de su utilidad. De esta manera, el hombre va aprendiendo que hay bienes que son amables por ellos mismos, puesto que tienen directamente que ver con nuestra dignidad espiritual.

Este contacto gozoso con la belleza de la creación viene a ser un remedio contra un peligro siempre acuciante. ¿Cuál es este peligro? El peligro de transformarnos en esclavos del trabajo; en sujetos cuya actividad siempre es valorada por un producto que permanece fuera de la propia actividad. Como decía Aristóteles, «no es de hombres libres buscar en todo la utilidad». Lo propio del hombre libre es desplegar actividades cuya bondad se encuentra en ellas mismas; actividades cuya proximidad con el espíritu las exime de tener que validarse por un resultado exterior. Renunciar a este tipo de actividades significa renunciar a una vida coherente con la libertad; renunciar a la armonía que guarda dentro suyo la criatura de naturaleza espiritual. ¿Cuándo se opera esta renuncia? Cuando ya

«Estos valles es mi Amado para mí»

«Las montañas tienen alturas, son abundantes, anchas, y hermosas, o graciosas, floridas y olorosas. Estas montañas es mi Amado para mí. Los valles solitarios son quietos, amenos, frescos, umbrosos, de dulces aguas llenos, y en la variedad de sus arboledas y en el suave canto de aves hacen gran recreación y deleite al sentido, dan refrigerio y descanso en su soledad y silencio. Estos valles es mi Amado para mí»

San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*

Himno a Dios Creador (salmo 103)

Bendice, alma mía, al Señor:
¡Dios mío, qué grande eres!
Te vistes de belleza y majestad,
la luz te envuelve como un manto.
Extiendes los cielos como una tienda,
construyes tu morada sobre las aguas;
las nubes te sirven de carroza,
avanzas en las olas del viento;
los vientos te sirven de mensajeros;
el fuego llameante, de ministro.
Asentaste la tierra sobre sus cimientos,
y no vacilará jamás;
la cubriste con el manto del océano,
y las aguas se posaron sobre las montañas;
pero a tu bramido huyeron,
al fragor de tu trueno se precipitaron,
mientras subían los montes y bajaban los valles:
cada cual al puesto asignado.
Trazaste un frontera que no traspasarán,
y no volverán a cubrir la tierra.
De los manantiales sacas los ríos,
para que fluyan entre los montes;
en ellos beben las fieras de los campos,
el asno salvaje apaga su sed;
junto a ellos habitan las aves del cielo,
y entre las frondas se oye su canto.
Desde tu morada riegas los montes,
y la tierra se sacia de tu acción fecunda;
haces brotar hierba para los ganados,
y forraje para los que sirven al hombre.

no hay tiempo de ocio, sino que todo se encuentra saturado por el negocio; cuando el trabajo ha llegado a ser el criterio que organiza toda la vida. Un signo esclarecedor de esta mentalidad se encuentra en el lema con que los presos eran recibidos en el campo de concentración de Auschwitz: «el trabajo os hará libres». Ya no es la Verdad, sino el trabajo, aquello en lo que se juega una vida digna de seres libres.

La cultura cristiana nos ha legado una forma concreta de mantenernos a salvo de esta mentalidad utilitarista: la fiesta del domingo. El domingo es el día del descanso, en que los hombres recuerdan que han sido creados por un acto de amor personal que los hace capaces de vida espiritual, es decir, de una vida que vale por ella misma y no por los productos que se sigan de ella. El domingo es el día de contemplación, en que los hombres tienen la osadía de detener el ritmo laboral para insertarse en esa otra armonía que ha sido instituida por Cristo en su Resurrección, acontecimiento por el que este mundo natural aguarda el día en que participará para siempre de la gloria de Dios.

«A Saruman ya no le interesan las cosas que crecen». ¿Cuál es el problema de este desinterés? Como hemos dicho, el problema es que las «cosas que crecen» dan testimonio del amor que Dios nos tiene y nos permiten ajustar nuestra vida al ritmo contemplativo, único compás en torno al cual nuestra existencia está a salvo de la tiranía de la utilidad.



Una nueva «religión política»: la «religión climática»

Jorge Soley Climent

Esta nueva religión laica pretende ser la clave para comprender el mundo, su historia y nuestro papel en ella. Pero, hija de la gran desilusión posmoderna, ya no nos promete el paraíso en la Tierra: en cualquier caso, ese paraíso pasaría por nuestra extinción como especie.

VIVIMOS asediados por el catastrofismo climático: el mundo se agota, está muriendo, la especie humana, un parásito extremadamente agresivo, lo está destruyendo. En las actuales circunstancias lo mejor que podríamos hacer es desaparecer de la faz de la Tierra: si aún no nos animan a suicidarnos, al menos tendríamos que ser lo suficientemente responsables para no traer al mundo nuevos seres humanos, despiadados emisores de CO₂ y consumidores compulsivos de recursos no renovables.

Este panorama, que **retoma algunos temas de las sectas milenaristas** del pasado, viene hoy en día aliñado con referencias supuestamente científicas avaladas por organizaciones como el Panel Intergubernamental del Cambio Climático (IPCC) de la ONU. Poco importan sus errores de bulto: en 2007 el informe anual afirmaba que la producción agrícola norteafricana en 2020 se iba a redu-

cir en un 50% por culpa del cambio climático; la realidad es que ha aumentado, pero los informes del IPCC siguen presentándose como infalibles. La ciencia ha hablado, nos dicen. Otro ejemplo: el oso polar fue el emblema del apocalipsis climático, pero de repente los activistas climáticos dejaron de hablar de ese animal. ¿El motivo? Actualmente el número de osos polares es el mayor de la historia desde que se tienen registros, es decir, desde los años cincuenta del siglo pasado.

Este sensacionalismo mentiroso no es ni casual ni inocente. El activista climático y miembro del Centro de Ecología y Ciencias de la Conservación, Luc Semal, lo confesaba en una entrevista en el diario francés *Libération*: «el catastrofismo puede ayudar a diseñar una democracia ecológica». Esto es, resulta útil para imponer prioridades y restricciones sobre nuestro modo de vida según lo que decidan quienes saben mejor

que nosotros lo que nos conviene, los mismo que, como no podemos entenderlo, nos tranquilizan con «mentiras piadosas».

De este modo, la ecología entendida como interés por la creación, que tenemos la tarea de cuidar y entregar a las futuras generaciones, se ha convertido en un catastrofismo climático que ya no disimula sus tendencias totalitarias. **En este fenómeno han jugado un papel relevante aquellos intelectuales y activistas marxistas, huérfanos de un gran proyecto mesiánico secular tras el hundimiento del comunismo** y que, en lugar de reconocer su error y entregar sus vidas al único que puede colmar sus esperanzas, Cristo, buscaron una ideología de sustitución. La encontraron en un climatismo catastrofista que, al igual que el comunismo en su día, sobrepasa fronteras y aspira a un gobierno planetario. Como escribió **Michael Lowy**, sociólogo especialista en el pensamiento del Che Guevara, «la cuestión ecológica es el gran reto para la renovación del pensamiento marxista en el siglo XXI». El inglés **Roger Scruton** señala también los paralelismos entre marxismo y climatismo: «ambos comparten una clase de víctimas (las generaciones futuras), una vanguardia iluminada que combate en su nombre (los ecoactivistas) e infinitas oportunidades de dar rienda suelta al resentimiento contra Occidente». Es por ello que el italiano **Giulio Meotti** califica a estos militantes estilo Greta Thunberg, profetas de catástrofes climáticas, como «jemerer verdes», en alusión a los jemerer rojos comunistas que asolaron Camboya bajo la guía de Pol Pot.

Estamos, pues, muy lejos de aquella visión bíblica en la que el mundo es un don que Dios nos hace, un lugar donde crecer, multiplicarse, que

hay que someter y que tenemos el deber de cuidar y conservar. Lo que ha cristalizado ante nuestra mirada durante las últimas décadas es una nueva ideología climática, una nueva religión política que, como tal, es idolátrica, una ecolatría. En la lista de ídolos que los hombres han adorado desde que dieron la espalda a Dios hay que sumar uno más: tras la diosa Razón, la diosa Humanidad, la diosa Nación, la diosa Revolución, llega la diosa Tierra. **Rajendra Pachauri**, que presidió la agencia de la ONU para el clima, confesaba: «La protección del planeta Tierra, la supervivencia de todas las especies y la sostenibilidad de nuestros ecosistemas es más que una misión, es mi religión». «A los pueblos que perdieron la esperanza en el Reino de los Cielos, el marxismo les ha prometido el reino del hombre», escribía Albert Camus, «a los pueblos que han perdido la esperanza en el reino del hombre, el climatismo les promete el reino de la naturaleza», añade Giulio Meotti.

Esta nueva religión laica pretende ser la clave para comprender el mundo, su historia y nuestro papel en ella. Pero, hija de la gran desilusión posmoderna, ya no nos promete el paraíso en la Tierra: en cualquier caso, ese paraíso pasaría por nuestra extinción como especie, entonces el mundo sería bello y armónico... y no habría nadie capaz de percibir esa belleza y armonía. Si realmente, como sostienen los climatistas, el CO₂ es el problema, y dado que toda actividad genera CO₂, toda acción humana debe de quedar limitada por prohibiciones y sanciones e, idealmente, cesar. No alcanzan más que a denunciar el infierno en que estaríamos convirtiendo el planeta, a promover el decrecimiento, la regresión y, si somos realmente coherentes, la extinción.

El tono aquí es **apocalíptico** en el peor de sus sentidos: no se trata de ninguna revelación, ni tan siquiera de la acepción que expresa algo «misterioso y enigmático», sino de la tercera acepción recogida por la Real Academia de la Lengua Española: «terrorífico o espantoso, por amenazar o implicar exterminio o devastación». ¿Cómo si no calificar el texto con el que el *Wall Street Journal* acompañaba el anuncio de la aparición del informe 2021 del IPCC: «El Apocalipsis climático está cerca, la humanidad es la culpable y, a menos que el mundo no reconstruya la economía global, el caos y la muerte son inevitables»? Para «salvar» la Tierra hay que acabar con el mundo, marcado por la impronta humana, y más en concreto el mundo occidental, portador, aun a su pesar, de otra impronta incluso más ignominiosa, la de su origen cristiano.

La visión radicalmente negativa del hombre de esta religión política climatista tiene paralelismos con aquella concepción de nuestra naturaleza radicalmente corrompida, insanable, del **calvinismo puritano**. Y si aquellos puritanos buscaban signos externos, como el éxito económico y social, que muestren que se pertenece al grupo de los predestinados a la salvación, ahora aquellos signos externos hay que buscarlos en el activismo climático. Para el resto, la inmensa mayoría de la especie humana que, como ya hemos señalado, es considerada como un parásito, un virus que infecta el planeta (en palabra de Michael Meacher, que fuera secretario de Estado de Medio Ambiente laborista inglés), la solución no puede ser de otro tipo que malthusiana. «Tenemos que reducir de modo radical e inteligente la población humana», proponía Paul Watson, uno de los fundadores de *Greenpeace*. Y René



Fotos de Fabien Barrau que recrean un apocalipsis climático

Dumont, consultor de la ONU y primer candidato ecologista a las presidenciales francesas, defendía que «sería posible, sobre todo cuando los métodos contraceptivos y el aborto precoz han hecho progresos decisivos, autorizar solamente una tasa de natalidad que compense exactamente la mortalidad y así alcanzar rápidamente un crecimiento cero, empleando métodos autoritarios que el peligro global justifica». Se desarrolla así, junto a esta religión política, **una moral laica** para la que es lícito todo aquello que contribuye al mantenimiento del equilibrio ecológico global, incluso si daña a los hombres, e inmoral todo aquello que se ponga en su camino.

La religión climática imita algunas de las formas tradicionales de las religiones, verificándose así una vez más que el demonio es el mono de Dios, pues pretende crear algo nuevo y lo único que consigue es una mala imitación. Tiene esta ideología sus

dogmas y sus herejes «negacionistas» (como se habla sin tapujos de «holocausto climático», distorsionando el concepto usado para un tipo de sacrificios ofrendados a Dios), sus misioneros y predicadores, un alto y bajo clero que incluye a burócratas nacionales, funcionarios de agencias internacionales, activistas y miembros de ONG, políticos y periodistas, tabús alimentarios (como el veganismo), e incluso «ayunos climáticos», como el emprendido por el activista climático indio Sonam Wangchuk en abril de 2024 por el Himalaya. También encontramos compra de indulgencias (en forma de pago por nuestras emisiones de CO₂), días de fiesta, como el 22 de abril de cada año, «Día internacional de la Madre Tierra», y ritos como ir en bicicleta al trabajo, de consecuencias prácticas insignificantes pero que muestran ante la sociedad la fidelidad de los adeptos a la ecolatría y los designa como seres virtuosos ante sus

semejantes. Incluso ha llegado a officiar funerales... ¡por un glaciar! Fue en Okjökull, Islandia, donde en el lugar ahora árido en el que hubo un glaciar, la primera ministra islandesa, Katrín Jakobsdóttir y la alta comisionada de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos y profesora adjunta de «Justicia climática» en el Trinity College de Dublín, Mary Robinson, proclamaron unas palabras de condolencia e inauguraron una placa conmemorativa. No cabe duda de que el escritor Michael Crichton acertó de pleno cuando, hablando ante el Commonwealth Club de San Francisco afirmó que el «ambientalismo parece ser la religión de los ateos urbanizados». Una falsa religión, secular e idolátrica, que acabará derrumbándose, como todas sus predecesoras, aunque no sin antes haber causado, también como el resto de religiones políticas que han deslumbrado a tantos en los últimos siglos, un daño enorme.

«Sed fecundos, multiplicaos y henchid la tierra y sometedla»

Ydijo Dios: «Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra, y manden en los peces del mar y en las aves de los cielos, y en las bestias y en todas las alimañas terrestres, y en todas las sierpes que serpean por la tierra.

Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó.

Y bendíjolos Dios, y díjoles Dios: «Sed fecundos, multiplicaos y henchid la tierra y sometedla; mandad en los peces del mar y en las aves de los cielos y en todo animal que serpea sobre la tierra.»

Dijo Dios: «Ved que os he dado toda hierba de semilla que existe sobre la haz de toda la tierra, así como todo árbol que lleva fruto de semilla; para vosotros será de alimento.

Y a todo animal terrestre, y a toda ave de los cielos y a toda sierpe de sobre la tierra, animada de vida, toda la hierba verde les doy de alimento.» Y así fue.

Vio Dios cuanto había hecho, y todo estaba muy bien. Y atardeció y amaneció: día sexto. (Génesis 1, 26-31)



El Bosco, La Creación (xv-xvi)

El ecologismo contemporáneo: entre sacralización y secularización

Stefano Abbate

El elemento malthusiano, con sus profecías apocalípticas acerca del futuro del mundo y de la humanidad, y que aboga por una reducción de la población humana en la tierra, se encuentra siempre muy vivo en el ecologismo. La muerte del hombre es el sacrificio salvífico que restaura la divinidad dañada.

EL auge del ecologismo tanto en las agendas políticas como en la significación de las vidas de los hombres es, sin lugar a dudas, uno de los fenómenos más extraños que se ha producido en las últimas décadas. Lo que había empezado en los años 70 como un movimiento social y político minoritario y con una componente melancólica y trágica es ahora uno de los elementos que dominan el debate público y da forma a una serie de dogmas tales como la teoría del calentamiento global y la transición ecológica o el debate sobre la reproducción humana y la explicación de fenómenos naturales violentos. Convertido en imperativo ético y también legal cabe preguntarse el significado más profundo de dicho fenómeno. Aquí no abordaremos tanto su preeminencia en las agendas globalistas y de los poderes transnacionales, sino más bien se pretende dar una explicación del ecologismo como una secularización religiosa de carácter panteísta. Como

paso previo se dará razón de cómo el ecologismo ha llegado a llenar una carencia de significado en las vidas de las personas tras haberse trastocado su relación con la naturaleza.

Una nueva relación con la naturaleza

La relación del hombre moderno con la naturaleza puede analizarse por lo menos a través de tres grandes ejes: **la domesticación de la naturaleza a través de la ciencia, la desmitificación del mundo y una nueva posición de lo humano en el cosmos.**

Con respecto a lo primero, el desarrollo de la ciencia al principio de la Edad moderna y de su método para investigar al orden natural a través del experimento se orientaba a extraer el secreto de la misma naturaleza para así replicarlo, por lo menos teóricamente, infinitas veces sin cambio alguno. De este modo la naturaleza se convertía en una inmensa *res extensa* a descubrir para

un fin objetivo y pragmático. Consecuencia de este enfoque racionalista, el universo y su orden perdían su carácter armónico y misterioso, portador de significados más profundos que la mera lógica física o química. El mismo hombre dejaba de participar de este orden, siendo ahora *res cogitans*, separado del orden natural ya mecanizado y objetivizado. La técnica era el instrumento para escudriñar más profundamente las leyes naturales pero cada vez más éstas se hacían incapaces de revelar un orden superior que no fuera meramente procedimental. El coste de este cambio fue inmenso para el hombre y en los siglos venideros y entroncaría con el fenómeno social de la migración masiva desde el entorno rural al urbano. En el mismo surco de la ciencia, este enorme movimiento poblacional, ensanchará la brecha entre el hombre y la naturaleza. Ya incapacitado para entender el orden de la naturaleza y acostumbrado a una mirada hacia la naturaleza orientada a la operación sobre ella a través de la técnica, el hombre perdió su capacidad para recibir de la naturaleza una comprensión mínima del orden en el cual el mismo participa. La magnitud del universo conocido que llegó hasta las estrellas más lejanas (a distancias inconcebibles para nuestra capacidad de movimiento) y los enorme avances científicos en todos los ámbitos, lejos de aumentar la comprensión de la naturaleza y su significado, han dejado al ser humano sin capacidad alguna para entender su entorno y su misma participación en el orden natural. Este punto de llegada se resume muy bien en el concepto de «naturaleza muda» indicado por Sartre y expresado por tantos filósofos modernos. Este silencio es una incapacidad de la naturaleza para

comunicar algo a los hombres, pues no participan más vivencialmente de ella. La emancipación moderna, que la ciencia ha promovido y desarrollado, es también una liberación de la naturaleza como constrictión a nuestra libertad. Pero al mismo tiempo que se produce esta emancipación, el hombre se ve impedido de tener una relación armónica con la misma naturaleza y consigo mismos. Por esta razón, **desmitificar la naturaleza despojándola de significados y valores que son expresión de un mundo superior, ha privado a los hombres de un acceso natural al orden universal y ha trastocado la misma relación hombre-naturaleza.**

La consecuencia religiosa de la nueva relación hombre-naturaleza

La nueva incomunicabilidad entre el hombre y la naturaleza supuso una pérdida de significado que se reveló bien pronto insoportable para el hombre. El silenciamiento de la naturaleza como esfera de resonancia (Hartmut Rosa) y su reducción a medio de producción generó una angustia creciente acerca del lugar del hombre en el cosmos y de su acción. **Vivir en un mundo desencantado que no tiene nada que compartir o comunicar al hombre que no sea la mera magnitud mecánica es una experiencia que inquieta y deshumaniza.** El sacrificio de la naturaleza como fuente de significado en la vida de los hombres, su capacidad para orientar y comprender la propia existencia, es una laguna de sentido que difícilmente es asumible.

Este vacío existencial no tardó en generar una reacción religiosa, aunque de naturaleza secularizada. La relación del hombre con la naturaleza, ahora desprovista de significa-

do trascendental, fue reconfigurada en términos de una nueva sacralización, donde la naturaleza dejó de ser un ente creado para convertirse en un absoluto, un «dios» inmanente que reclama reverencia y protección. Por esta razón, un nuevo sentido de naturaleza ya resignificado por este proceso de emancipación y reapropiación se asoma en la misma modernidad y tardomodernidad. Es una naturaleza a la cual «hay que volver» y que debe ser defendida, recuperada, escuchada. Se le dota de una personalidad, de un carácter, de una acción propia que asume cada vez más rasgos de venganza y rechazo de lo humano. El proceso antropomórfico de la naturaleza y su nueva capacidad de obrar y castigar se sintetizan en su divinización. La naturaleza, antes dominada y domesticada, se erige ahora como una nueva divinidad que inspira tanto reverencia como temor. Hartmut Rosa lo explica así: «estoy firmemente convencido de que la mala conciencia (poco articulada, pero eficaz en la práctica) de estar desoyendo la voz de la naturaleza con nuestro comportamiento productivista y orientado a la competencia genera un deseo colectivo inexpressado de hacerla nuevamente audible, de que vuelva a hablarnos».

De algún modo, este proceso secularizador-divinizante, tiene sus raíces en el protestantismo que, al haber desdivinizado el mundo a través de una lejanía insanable de Dios y al encontrarse así sin signos visibles de la salvación, ha dotado otros ámbitos de valor salvífico. Es conocida la interpretación de Max Weber sobre la vocación intramundana al trabajo y la acumulación del capital. Se podría usar el mismo patrón para explicar la nueva divinización de la naturaleza que se convierte así en un modo de comprensión de lo divino

y de su voluntad. La falta de espacio simbólico y místico del protestantismo abrió las puertas a comprender a la naturaleza como un sustituto de lo divino para orientar al hombre. Y a la vez un nuevo espacio de comprensión de lo humano como un elemento a la vez ajeno y sometido a lo natural. Como si una nueva culpabilidad reconfigurara la relación de lo humano con lo natural: por haberlo desmitificado y reducido a mera mecánica ahora se representa como vengativo e implacable. **La naturaleza, despojada de su dimensión sacra y transformada en objeto de explotación, retorna como juez severo, cargada de consecuencias que el hombre percibe como castigo.** Esta nueva culpabilidad no solo redefine

La naturaleza, despojada de su dimensión sacra y transformada en objeto de explotación, retorna como juez severo, cargada de consecuencias que el hombre percibe como castigo.

al ser humano como un invasor o intruso en el mundo natural, sino que también le asigna un papel subordinado, casi penitencial, en un universo donde la naturaleza ha recobrado un aura de sacralidad perdida.

En este contexto, la crisis ecológica actual actúa como un catalizador de esta visión. Las catástrofes naturales, el cambio climático y la degradación del medio ambiente se perciben no sólo como consecuencias de la acción humana, sino como indicios de una culpa moral colectiva que exige expiación. De este modo, **se configura una narrativa donde el ecologismo, influido por esta secularización promovida por el protes-**

tantismo, no es sólo una respuesta práctica o política, sino también una respuesta espiritual.

Algunos rasgos religiosos del ecologismo

El ecologismo contemporáneo, aunque se presenta como un movimiento pragmático y científico, está profundamente marcado por sucesos religiosos que le confieren una dimensión espiritual secularizada. Diversos autores han contribuido a esta configuración con conceptos que dotan al discurso ecológico de elementos propios de una religión moderna. En general, se plantea una relación con el medioambiente como si se tratase de un ser vivo autónomo dotado de una acción propia. Por ejemplo, **James Lovelock**, a través de su conocida *Hipótesis de Gaia*, plantea que la Tierra es un organismo vivo, autorregulado y capaz de mantener el equilibrio del sistema planetario. Esta visión, como señala Lovelock, otorga a la naturaleza una capacidad de acción propia, casi divina, en la que el ser humano aparece como un elemento perturbador que debe ser controlado. Según Lovelock, «hay solo un contaminante: la gente» y el planeta, en su proceso de autorregulación, podría eventualmente seleccionar los elementos más aptos para su supervivencia, incluyendo la eliminación de aquellos que lo dañan. Después de que la ciencia moderna haya reducido la naturaleza a mero equilibrio de leyes y fuerzas, la ausencia de significados de este desencantamiento del mundo produce, como si fuera un péndulo, la aparición de una nueva divinidad que desafía al hombre y lo culpabiliza. De modo parecido, en la conocida *Deep Ecology* de Arne Naess se aboga por considerar lo humano como una parte de la red de la vida

que para su realización debe identificarse con la naturaleza causando el menor impacto posible. El ecologismo genera sí una culpabilidad del hombre que solamente puede subsanarse a través de algún sacrificio: el decrecimiento feliz, la frugalidad auto-impuesta y la descarbonización manifiestan esta tendencia.

El recurso apocalíptico es también una constante. El padre del partido ecologista francés «Les Verts», **René Dumont** profetizaba seguro en el 1977 que los minerales se acabarían en un máximo de 50 años, el déficit de energía obligaría bien pronto a limitar nuestro crecimiento y que la humanidad estaría condenada a muerte en breve plazo si persiste en sus errores. Solamente la eliminación de los enemigos, los hombres en general, podría hacer tomar conciencia de la gravedad. Para este fin, se auspician «catástrofes a nivel mundial (...) con algunos centenares de muertos». El elemento malthusiano, con sus profecías apocalípticas acerca del futuro del mundo y de la humanidad, y que aboga por una reducción de la población humana en la tierra, se encuentra siempre muy vivo en el ecologismo. La muerte del hombre es el sacrificio salvífico que restaura la divinidad dañada.

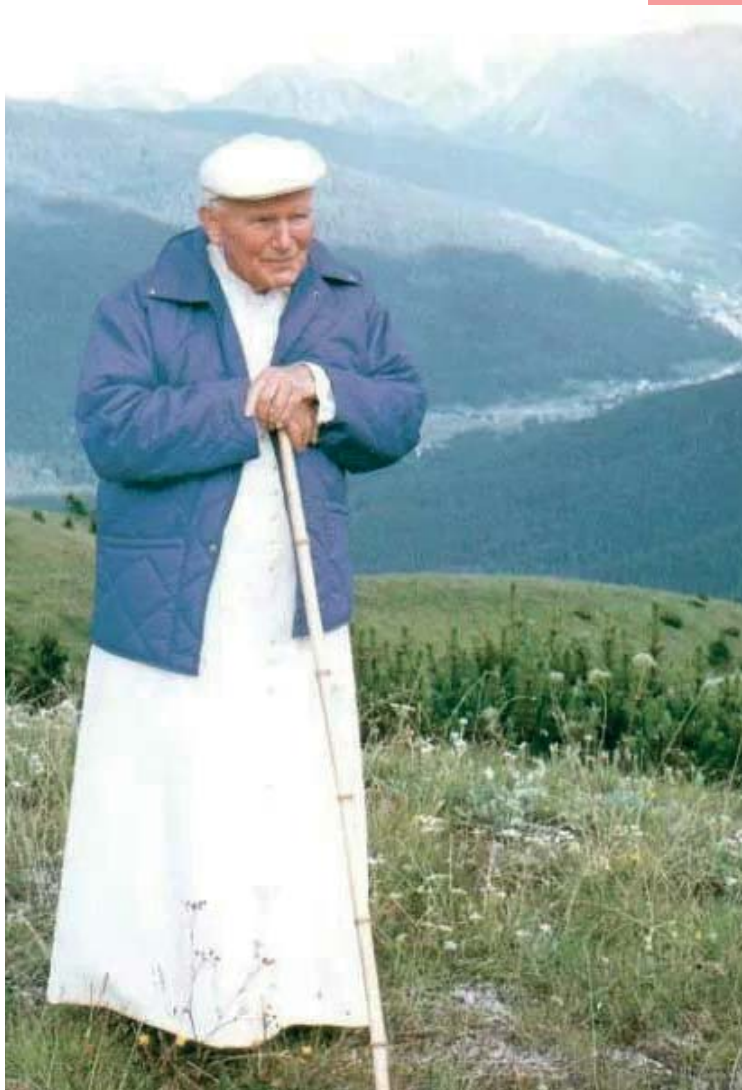
En esta misma línea, otro importante teórico del ecologismo moderno, **Robert Ardrey**, afirma que la desaparición del hombre no debe lamentarse desde la visión de un mono erguido que somos.

Para poder encajar mejor con esta nueva visión religiosa, el que inventó la palabra «ecología», **Ernst Haeckel** (1834-1919) rechazó su antiguo catolicismo para abrazar la fe budista que mejor compatibilizaría la unidad de todos los seres vivos, destronando así al hombre.

También con otros medios cul-

turales se vehicula la nueva relación hombre-naturaleza. La película *Avatar*, con su enorme potencial escénico, plantea una nueva fusión con la naturaleza a modo panteístico en la cual una red neuronal natural conecta a todos los seres vivos en una fusión mística con la totalidad de la vida y la energía del planeta.

En definitiva, el ecologismo es una respuesta a la secularización moderna causada por el nuevo método científico que desacralizaba la naturaleza. Frente al silencio cósmico que impide al hombre conocer su vinculación con Dios, consigo mismo y con el medio que habita, **el ecologismo busca sacralizar la naturaleza a través de un panteísmo que oscila de modo ambivalente entre culto y castigo, entusiasmo naturalista y miedo ecológico.** Este movimiento intenta resignificar la realidad y expiar la culpa de haber «silenciado [la naturaleza] como esfera de resonancia» y reducido su esencia a lo puramente utilitario y disponible, como señala Hartmut Rosa.



El hombre, administrador de los bienes creados

La criatura humana recibe una misión de gobierno sobre la creación para hacer brillar todas sus potencialidades. Es una delegación que el Rey divino le atribuye en los orígenes mismos de la creación, cuando el hombre y la mujer, que son «imagen de Dios» (Gn 1, 27), reciben la orden de ser fecundos, multiplicarse, llenar la tierra, someterla y dominar los peces del mar, las aves del cielo y todo cuanto vive y se mueve sobre la tierra (cf. Gn 1, 28). **San Gregorio de Nisa**, uno de los tres grandes Padres capadocios, comentaba: «Dios creó al hombre de modo tal que pudiera desempeñar su función de rey de la tierra (...). El hombre fue creado a imagen de aquel que gobierna el universo. Todo demuestra que, desde el principio, su naturaleza está marcada por la realeza (...). Él es la imagen viva que participa con su dignidad en la perfección del modelo divino» (*De hominis opificio*, 4: PG 44, 136).

Sin embargo el señorío del hombre no es «absoluto, sino ministerial, reflejo real del señorío único e infinito de Dios. Por eso, el hombre debe vivirlo con sabiduría y amor, participando de la sabiduría y del amor inconmensurables de Dios» (*Evangelium vitae*, 52).

En el lenguaje bíblico «dar el nombre» a las criaturas (cf. Gn 2, 19-20) es el signo de esta misión de conocimiento y de transformación de la realidad creada. Es la misión no de un dueño absoluto e incensurable, sino de un administrador del reino de Dios, llamado a continuar la obra del Creador, una obra de vida y de paz. Su tarea, definida en el libro de la Sabiduría, es la de gobernar «el mundo con santidad y justicia» (Sb 9, 3).

Juan Pablo II, *Audiencia general*,
(17/I 2001)

La relación del hombre con Dios determina la relación con la naturaleza

Compendio de la doctrina social de la Iglesia. Pontificio consejo «Justicia y paz» (2004).

UNA correcta concepción del medio ambiente, si por una parte no puede reducir **utilitariamente** la naturaleza a un mero objeto de manipulación y explotación, por otra parte, tampoco debe **absolutizarla** y colocarla, en dignidad, por encima de la misma persona humana. En este último caso, se llega a divinizar la naturaleza o la tierra, como puede fácilmente verse en algunos movimientos ecologistas que piden se otorgue un reconocimiento institucional internacionalmente garantizado a sus ideas.

El Magisterio ha motivado su contrariedad a una noción del medio ambiente inspirada en el ecocentrismo y el biocentrismo, porque ésta «se propone eliminar la diferencia ontológica y axiológica entre el hombre y los demás seres vivos, considerando la biosfera como una unidad biótica de valor indiferenciado. Así se elimina la responsabilidad superior del hombre en favor de una consideración igualitaria de la “dignidad” de todos los seres vivos».

Una visión del hombre y de las cosas desligada de toda referencia a la trascendencia ha llevado a rechazar el concepto de creación y a atribuir al hombre y a la naturaleza una existencia completamente autónoma. El vínculo que une el mundo con Dios ha sido así roto: esta ruptura ha aca-

bado desvinculando también al hombre de la tierra y, más radicalmente, ha empobrecido su misma identidad. El ser humano ha llegado a considerarse extraño al contexto ambiental en el que vive. La consecuencia que se deriva de todo ello es muy clara: «La relación que el hombre tiene con Dios determina la relación del hombre con sus semejantes y con su ambiente. Por eso la cultura cristiana ha reconocido siempre en las criaturas

El vínculo que une el mundo con Dios ha sido así roto: esta ruptura ha acabado desvinculando también al hombre de la tierra y, más radicalmente, ha empobrecido su misma identidad.

que rodean al hombre otros tantos dones de Dios que se han de cultivar y custodiar con sentido de gratitud hacia el Creador. En particular, la espiritualidad benedictina y la franciscana han testimoniado esta especie de parentesco del hombre con el medio ambiente, alimentando en él una actitud de respeto a toda realidad del mundo que lo rodea ». Debe darse un mayor relieve a la profunda conexión que existe entre ecología ambiental y «ecología humana».

Antonio Tort Reixachs beato mártir

Hispania Martyr

Tras la beatificación de don Antonio Tort Reixachs el pasado 23 de noviembre de 2024, le encomendamos siga protegiendo, como hizo en los cuatro últimos meses de vida mortal, a su querido obispo Mons. Manuel Irurita, para que quienes estuvieron unidos en su reclusión, detención, fusilamiento y sepultura, lo estén también, Deo volente, en su elevación a los altares.

21 de julio de 1936. Tras el asalto al palacio episcopal Antonio Tort acoge a mons. Irurita en su casa

EL martes 21 de julio de 1936 a primera hora de la mañana, un grupo de «incontrolados» se presenta ante la catedral para incendiarla, pero al verla protegida por los guardias, se llegan al vecino palacio episcopal. Se agolpan ante la gruesa puerta cerrada gritando que van en busca del obispo y de los tesoros. Echan gasolina a la puerta y le prenden fuego, disparando contra la cerradura, que intentan forzar con palancas.

Ante el inminente asalto, los tres policías que escoltaban el edificio le dicen al obispo que no pueden protegerle, y que debe huir. Mons. Irurita, que acababa de celebrar la santa misa, recoge la reserva del Santísimo y el copón pequeño y en voz alta dice: «Señor, lo que tú quieras».

Sus familiares y el conserje le obligan a que se desprenda de la

sotana y de la cruz pectoral, que se resiste a dejar. Le sientan en un pedazo y le quitan las medias moradas y las hebillas de plata de los zapatos; le cubren con la bata y la gorra del conserje, y, por la puerta de la casa de éste que da al callejón de Montjuich del Obispo núm. 2, salen del palacio Mons. Irurita, con Mn. Goñi, su prima Emeteria Almándoiz y el conserje Eusebio. Los policías les abandonan a su suerte.

En la última visita que Mons. Irurita hizo al seminario, saliendo de la capilla dijo a los superiores: «¡Qué dicha! A mí me gustaría que al obispo de Barcelona le pusieran una soga al cuello y lo arrastraran por las calles...». Pensó que ahora iba a cumplirse su deseo.

Entran a refugiarse en casa del sacerdote Mn. José Faura, enfrente, en el núm. 3 de la calleja, pero al llegar al piso una telefonista amiga dice que el obispo allí no está seguro, que se venga con ella a su domicilio, y bajan todos a la calle.



Antonio Tort con su esposa María Gavín y diez de sus once sus hijos: Ana M^a, Francisca, José M^a, Victoria, María Mercedes, Montserrat, María Lourdes, Antonio, Jaime, y María Dolores.

D. Antonio Tort Reixachs

D. Antonio Tort tenía 41 años, era orfebre y estaba casado desde 1917 con D^a María Josefa Gavín Sagardia. En aquel julio de 1936 se encontraba con su familia de diez hijos en su casa de Monistrol de Montserrat donde había nacido.

Al llegarle noticias de los desmanes de las patrullas contra los templos en Barcelona, decidió acudir a proteger la catedral y el palacio episcopal, y ante la falta de medios de transporte, emprendió el camino a pie. Monistrol dista de Barcelona 50 Kms, y tuvo que hacer noche en casa de unos amigos en Sant Feliu de Llobregat. Reemprendió el viaje muy de mañana y llegó pronto a su casa.

Viendo como las turbas intentaban asaltar el obispado, Antonio Tort acudió por el callejón de Montjuich a salvar lo que pudiera, y allí vio al grupo de los salidos del palacio episcopal y casa de Mn. Faura rodeando al obispo Mons. Irurita sin saber a donde dirigirse. Es entonces cuando Dios providente procedió a actuar mediante un protector extraordinario: D. Antonio Tort Reixachs.

Antonio Tort a Mons. Irurita: «Ud. se viene a mi casa»

Antonio Tort le dice a Mons Irurita: «Ud. se viene a mi casa», siguiéndole todos por la calleja hasta su cercano domicilio en calle del Call núm.17. En el corto trayecto, un piquete de milicianos paró al grupo en que iba Mons. Irurita, y preguntó si alguno de ellos era el obispo, pero el conserje Eusebio les disuadió: «¡Ca, el obispo marchó ya hace días!». Los asaltantes tras escalar el balcón, penetran en palacio y destrozan y echan a la calle lo que les parece.

El asalto al palacio episcopal dirigido por el comisario de Prensa de la Generalitat

Francisco Lacruz escribe que el asalto al palacio episcopal del 21 de julio fue dirigido por el comisario de Prensa de la Generalitat Joaquín Vilá Bisa que gozaba de plena confianza del president Companys, y del que dice que:«Después del saqueo, Joaquín Vilá se presentó en la Generalidad revestido de ornamentos sagrados que procedían de aquel expolio. Su presencia fue acogida en el Palacio

del Gobierno autónomo con risotadas aprobatorias, aunque días después, para disipar el mal efecto de la salvajada, se dijo que Companys había reñido a Vilá por «aquella broma de mal gusto».¹ Mn. Sanabre escribe que si no fue destruida la documentación del Archivo Episcopal, fue porque temían que el fuego se propagara al vecino Palacio de la Generalitat, no quisieron molestarse en trasladarla a la calle, y se limitaron a la tarea de devastación y busca de tesoros.²

En casa Tort alojaron a Mons Irurita en una habitación que daba a la calle con dos camas separadas por un biombo, y el resto fue destinado a oratorio. Lo presidía una cómoda con la imagen de la Virgen de la Merced, y delante de ella una mesa con frontal y un mantel blanco, donde estaba colocado el Santísimo Sacramento todo el día con lamparita siempre encendida. Ante él en un reclinatorio pasaba largas horas orando el señor obispo.

¹ Francisco Lacruz, *El Alzamiento, la Revolución y el Terror en Barcelona*, Aysel (1943) 122

² Sanabre, *El Archivo Diocesano*, Barcelona (1947)

Adoración continua en casa Tort

Mercedes Tort testifica la vida cuasi conventual de la casa: «Teníamos organizada la adoración continua al Santísimo, que empezaba a las nueve de la mañana, turnándonos sucesivamente. Allí estaba ya arrodillado Don Manuel a las cinco de la mañana, preparándose para la Santa Misa que celebraban él y don Marcos y en las que comulgábamos todos.

Había cada día dos misas; la primera, a las seis y media, la celebraba el señor obispo, y le ayudaba D. Marcos; la segunda, la celebraba éste, ayudándole D. Antonio Tort.

A las doce del mediodía se rezaba el Ángelus y la primera parte del Rosario en el oratorio. Después de comer se tenía en familia la visita del Santísimo. A las cinco de la tarde, otra parte del Rosario y las letanías del Sagrado Corazón. A las ocho de la noche, la última parte del Rosario con la visita al Santísimo. Esta era la pauta de vida común de aquella familia.»

Escribe la hermana Torres: «El mes de octubre podemos afirmar que el señor obispo lo pasó rezando rosarios. También le acompañaba su familiar. Hubo días que pasaron de veinte partes y aún llegó a veinticinco», así como varios vía crucis». «Los primeros días –sigue diciendo Mercedes Tort–, tras el trabajo, las hermanas, Paquita y yo nos reuníamos alrededor del señor obispo, bien en el cuarto de las niñas, bien en el comedor. Si era en el cuarto de las niñas, él se colocaba bajo el cuadro del Niño Jesús; si en el comedor, debajo del Sagrado Corazón: nosotros nos poníamos en corro a su alrededor y nos contaba cosas espirituales, detalles de su vida y de su vocación sacerdotal».

«Después de la cena, en las noches calurosas de aquel verano, el

señor obispo y los hermanos Tort tomaban el fresco y cambiaban impresiones bajo la persiana del balcón desde el que se veía la plaza de San Jaime, y el obispo bendecía todos los días a las turbas que se congregaban ante la Casa Consistorial y la Generalitat. Cuando en un mitin se le acusó de cobarde y pastor mercenario, decía sonriendo: «poco saben, ni piensan, que cada noche les bendigo y ruego por ellos.»

«En todas y cada una de las cosas nos edificaba; durante los cuatro meses que estuve con él, puedo asegurar que no oí palabra, ni vi acción alguna que no fuese edificante. En la mesa era muy mortificado, por la más pequeña cosa que se le hacía se mostraba sumamente agradecido, no se quejaba de nada ni de nadie». En el comedor estaba entronizada la imagen del Sagrado Corazón, y en la puerta del piso figuraba su placa.

Cuando el domingo 19 de julio una patrulla vino a detener al vecino D. Luciano Cunill, chocolatero de los bajos y cabo del somatén, no la vieron, pero los vecinos, asustados, pidieron que la quitara, y D. Antonio puso la placa por dentro. Al Sr. Cunill lo asesinarían poco después.

Confianza en un pronto final de la Revolución, Antonio Tort fabricaba un báculo para la fiesta de la Purísima, y las carmelitas le confeccionaban una mitra. Cuando se lamentaban de tantas tribulaciones Don Manuel les tranquilizaba: «¡Qué prueba verifica el Señor con sus fieles!... ¡No atemos sus manos; muy bien sabe Él lo que ha de durar y lo que nos conviene!».

El 5 de agosto llegaron a refugiarse en casa Tort otras dos carmelitas: sor Elvira y sor María Torres. La vida durante aquellos meses transcurría tranquila dentro de la clausura.

No faltaban los chistes y acertijos

de don Marcos, que era muy alegre y chispeante.

Escribe la hermana Sabanés: «Transcurrieron los días y los meses sintiéndonos, a pesar de todo, felices, tranquilos y confiados, siempre alentados por la suavidad del señor obispo, que nunca perdía su característica sonrisa, animándonos a esperar, confiando siempre en el Señor.»

D^a. María Gavín, esposa de D. Antonio Tort, había regresado a Barcelona en agosto con los niños pequeños. El 3 de septiembre, dio a luz en casa al undécimo de los hijos de la familia Tort-Gavín. «Por la tarde del mismo día don Marcos lo bautizó, siendo padrino el señor obispo, quien le impuso el nombre de Manuel María.»

En casa de D. Antonio Tort: «El señor gran i el señor petit»

En casa de D. Antonio Tort D. Manuel se dejó crecer la barba y D. Marcos el bigote. Dice Mn. Ribes que lo hicieron para no ser reconocidos y comprometer a la familia Tort, pues la esposa le manifestó que «ellos no querían hacerlo, pero lo aceptaron por el bien de los demás.»

Para nombrarlos discretamente en la casa, a Mons. Irurita se le llamaba «el señor», y a Mn. Goñi «don Marcos», pero un día Antoñito, hijo de cuatro años, fijándose en la estatura de ambos, les llamó «*el señor gran i el señor petit*», y desde entonces en el hablar de los niños Don Manuel era «*el señor gran*» por ser más alto, y don Marcos «*el señor petit*», por ser más bajo. Este modo de identificarlos se extendió al resto de convivientes.

El hermano jesuita Francisco Vives, amanuense del Provincial, había conseguido embarcar a Italia al padre Murall a través del cónsul Italiano D. Carlo Bossi. El padre Turrent y D. Antonio Tort le encomen-

daron preparar la salida de Mons. Irurita.

Dice el hermano Vives que fue a casa de los Tort a hablar de la posibilidad de salir al extranjero, y que el Sr. obispo le dijo: «Si el Santo Padre me llama, correré a su llamada a pesar de todos los peligros; pero, de lo contrario, estoy contento de no separarme de mi diócesis.»

1 de diciembre de 1936, la patrulla de control núm. 11 invade casa Tort

A primera hora de la tarde del 1 de diciembre un grupo de milicianos de la patrulla nº 11 se presentaba a registrar la casa de D. Antonio Tort en el piso principal de la calle del Call núm. 17, al haber hallado una lista de asistentes a un aplec en Montserrat en que figuraban su hermano Francisco y su hija Mercedes de 18 años.

Durante el registro el obispo estuvo sentado en el comedor repitiendo en voz queda: «Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío.» Registraron y saquearon la casa a sus anchas, y habiendo tomado uno de ellos el copón que contenía las sagradas formas, lo dejó sobre una mesa. En un santiamén, Don Antonio Tort lo tomó y fue distribuyendo las sagradas formas a todos los moradores de la casa. A su hijito Jaime, de cinco años, su padre, le administró la Primera Comunión: «Hijo mío, te quitan el padre de la tierra, pero aquí tienes a tu Padre del Cielo, que no te podrá quitar nadie.» Antonio Tort se despidió de los suyos con la frase con la que los padres cristianos desearíamos despedirnos de nuestros hijos en la hora de la muerte: *¡Fins el Cel!* (hasta el Cielo).

Se llevaron detenidos a la sede de la patrulla, Ateneo Colón en la calle

Pedro IV 166 a Mons. Manuel Irurita, a su familiar Mn. Marcos Goñi, a los hermanos Antonio y Francisco Tort, a las carmelitas sor María Torres y sor Montserrat Sabanés, y a Mercedes, hija de don Antonio, a la que liberarán por ser menor de edad.

En la checa de San Elías del 1 al 3 de diciembre

Escribe sor María Torres que en el Ateneo Colón: «A eso de las diez de la noche nos llamaron de nuevo, y a las dos y a los hermanos Tort, nos hicieron bajar para entrar en un coche... Al momento de partir nos dimos cuenta que bajaban también el señor obispo y don Marcos, que subieron a otro coche, y los dos emprendieron el camino. Después de un buen rato –prosigue la hermana Torres– llegamos al comité central vulgarmente llamado de San Elías.»

Esperando ser interrogada la hermana María Torres le dijo a Mons. Irurita: «Si me preguntan sobre quiénes son ustedes, ¿qué digo? Di de todo la verdad, que somos dos sacerdotes vascos. Y ¿en cuanto al nombre? Di que mi nombre es Manuel», y si les preguntan el apellido, digan que puede que sea Pérez, como un apellido común.

Mons. Irurita y Mn. Goñi, para no ser entendidos por sus carceleros, hablaban entre sí en euskera, su lengua materna.

Don Manuel animó a las religiosas: «Decid muchas veces, ¡Sagrado Corazón de Jesús en Vos confío!». Le registraron y quitaron el rosario. Lo reclamó, y lo miraron y remiraron para ver qué tenía de particular, pero él afirmó: «Es que no puedo vivir sin el rosario». Lo echaron al suelo. Se arrodilló, lo recogió y lo besó.

«En la mañana del viernes día 4 ya no vimos a ninguno de los cuatro»

La carmelita de la Caridad María Torres que estuvo en San Elías desde la noche del martes 1 hasta la mañana del viernes 4 en que la llevan con otros presos al Palacio de Justicia, testimonio: «En la comida y cena de los días 2 miércoles y 3 jueves, al bajar al comedor en el piso de abajo veíamos al Sr Obispo, a Marcos Goñi y a Antonio Tort; nos saludamos de lejos y disimuladamente nos bendecía.»

El jueves día 3, antes de la cena Antonio Tort le da 10 ptas. al jefe del comedor para las chicas, que las reciben. Añade la hermana Torres: «A la mañana siguiente, o sea el viernes día 4, al salir como de costumbre, ya no vimos a nuestros amigos. ¿Dónde estaban? Serían la once de la mañana cuando nos llamaron a las dos Hermanas a declarar, y después de varias preguntas, lo que nos hizo estremer fue cuando nos preguntaron: «¿Aquel que firmaba Manuel Luis Pérez es el obispo de Barcelona?» «Nos quedamos heladas sin saber qué decir. Dios nos dio su gracia, reaccionamos y dijimos: «¿el obispo de Barcelona?, si decía el periódico que había salido para Roma». Insistieron «Pero, ¿quién era aquel Manuel? Dijimos que sabíamos el nombre y que en la casa le llamaban don Manuel». No insistieron más sobre el asunto.

«Mandaron luego que nos condujeran al Palacio de Justicia. Con nosotras salieron también de san Elías tres detenidos. En el coche les preguntamos por los cuatro que habíamos perdido, por los detalles que de ellos dimos, recordaron que eran de los que aquella noche habían desaparecido a las doce, habiendo ido a por ellos los milicianos. Era la noche del jueves al primer viernes de

diciembre», tiempo en que Mons. Irurita practicaba la Hora Santa pedida por el Corazón de Jesús a santa Margarita María.

«Creo que no volveréis a verlos en la tierra» (Padre Torrent)

María Gavín, esposa de Antonio Tort, sabiendo que los detenidos habían ingresado en San Elías, acudió a su familiar el policía Ramón Reixachs y a personas de alguna influencia en busca de ayuda para liberarlos, pero ninguna de ellas se la prestó.

La tarde del 4 de diciembre de 1936, el vicario general P. José M^a Torrent, visitaba en su domicilio a

los familiares de don Antonio Tort, a sus ancianos padres Jaime y Anita, a su esposa María, y a sus once hijos menores de edad. Quería mostrarles su gratitud, consolarles y hacerles compañía en aquellas horas de prueba, y como una invitación a poner la más ilimitada confianza en la infinita bondad de Dios, les dijo: «Creo que no volveréis a verlos en la tierra».

Así fue. El 5 de abril de 1940 se procedió a la apertura de las fosas del cementerio de Montcada y se exhumaron 1.155 cuerpos, de los que fueron reconocidos 472.

Al examinar José María Tort Gavín, hijo de don Antonio y sobrino de don Francisco, las fichas de los

cadáveres exhumados, halló las de su padre y de su tío con los números 802 y 823, como asesinados el 3 de diciembre de 1936. En una de las fichas próximas, la núm. 814, halló la de Mons. Manuel Irurita, y en la núm. 788 la de Mn. Marcos Goñi.

Tras la beatificación de don Antonio Tort Reixachs el pasado 23 de noviembre de 2024, le encomendamos siga protegiendo, como hizo en los cuatro últimos meses de vida mortal, a su querido obispo Mons. Manuel Irurita, para que, quienes estuvieron unidos en su reclusión, detención, fusilamiento y sepultura, lo estén también, Deo volente, en su elevación a los altares.

«Confesor y mártir de Cristo, de virtudes heroicas en su vida y en su muerte»

Su virtud característica fue la caridad, tanto corporal como espiritual. Los días festivos después de oír misa y comulgar muy de mañana, se trasladaba al Sanatorio antituberculoso del Espíritu Santo en San Adrián del Besós, asistiendo a los enfermos hasta el mediodía. Vuelto a casa, e inmediatamente después de comer, en la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Merced se dedicaba al catecismo de los niños. Sus devociones predilectas fueron al Sagrado Corazón de Jesús, mediante el culto eucarístico; comulgaba todos los días y mensualmente asistía a su turno de vela nocturna, y a la Santísima Virgen en sus advocaciones de la Merced, Montserrat y Rosario.

La devoción al Rosario no sólo la practicaba en familia, sino también en la calle cuando la compañía de alguien no le estorbaba sus comunicaciones con Dios y su Santísima Madre.

Era el principal sostén de la Pía Unión de San Miguel Arcángel, y uno de los portantes del Santo Cristo de más relieve en Barcelona. Su predilecta devoción a Nuestra Señora de la Merced no le dispensó de ser un buen y práctico parroquiano de Nuestra Señora de los Reyes, vulgo del Pino, en cuya demarcación vivía. Distribuía mensualmente limosnas a pobres vergonzantes, y con ellas sostenía a un maestro católico en una barriada.

De la declaración de José M^a Torrent Lloveras, presbítero, preposito del Oratorio de San Felipe Neri de Barcelona, vicario general de la misma durante el periodo rojo (1936-1939).





Orientaciones bibliográficas

Ibón Elósegui

Juan José Llamedo González,
La verdad de santo Tomás de Aquino,
San Pablo (2024)

UNA de las catequesis que el papa Benedicto XVI impartió sobre santo Tomás de Aquino (2 de junio de 2010) finalizaba con estas palabras:

«La vida y las enseñanzas de santo Tomás de Aquino se podrían resumir en un episodio transmitido por los antiguos biógrafos. Mientras el santo, como acostumbraba, oraba ante el crucifijo por la mañana temprano en la capilla de San Nicolás, en Nápoles, Domenico da Caserta, el sacristán de la iglesia, oyó un diálogo. Tomás preguntaba, preocupado, si cuanto había escrito sobre los misterios de la fe cristiana era correcto. Y el Crucifijo respondió: “Tú has escrito bien de mí, Tomás. ¿Cuál será tu recompensa?”. Y la respuesta que dio Tomás es la que también nosotros, amigos y discípulos de Jesús, quisiéramos darle siempre: “¡Nada más que tú, Señor!”».

Este año 2024 la Iglesia ha celebrado los 800 años del nacimiento de este gran teólogo y doctor de la Iglesia. Con motivo de ello aparece la obra que presentamos a continuación: *La verdad de santo Tomás de Aquino*, del presbítero de la diócesis de Valencia Juan José Llamedo González, quien afirma del santo:

«Pocos hombres o mujeres lo- gran, en tan breve espacio de tiem-

po, crear un legado tan extenso y tan intenso. Intenso por la cantidad y calidad de una vida plasmada en dignidad, santidad y sabiduría. Es extenso tanto por la cantidad y la calidad de escritos directos como por el eco y el efecto de una existencia y un modo de pensar que siguen siendo un referente, después de casi 800 años.

»Aunque algunos pretendan so- focarlo saltándose el devenir de la historia, como si el intervalo entre 1225 y 1274 no hubiera existido, hay Tomás de Aquino para rato. Su aportación a la cultura, al pensamiento y a la dignidad de las personas humanas no se silencia fácilmente. La influencia de santo Tomás de Aquino llega hasta nuestros días e impregna nuestra cultura.

»Del siglo XIII, con unas plumas de ave, unos tinteros y hojas de pa- piro, pergamino o aquel aún tosco papel, más la ayuda de un fiel secre- tario y de cinco o seis amanuenses, se conservan más de 130 obras au- ténticas. Algunas de ellas de gran volumen como la *Suma contra genti- les* o la *Suma teológica*. Opúsculos de filosofía, teología, política o moral; cartas; comentarios bíblicos...

»No, no es posible silenciar a Tomás de Aquino. Puede que se de- see silenciar su nombre por aquello

de no reconocer que la fe mueve la razón a buscar el bien y la verdad. Y que el varón y la mujer sean más auténticamente humanos cuando desplieguen lo que tiene por naturaleza, sin someterse a la tiranía de la sinrazón».

Con el ánimo de dar a conocer a este gran santo, en esta biografía novelada, el autor nos acerca, junto al contexto histórico y vida del santo, a su pensamientos filosófico y teológico, extractando numerosos textos de la obra del Aquinate con las que va condimentando, de manera ágil, la narración de su vida.

Es así como recoge una preciosa oración que solía dirigir a menudo a la Virgen María, la cual es digna de ser enmarcada en un lugar visible de nuestras casas:

«A las entrañas de tu piedad encomiendo hoy, y para todos los días de mi vida, mi cuerpo, mi alma, todos mis actos, los pensamientos, la voluntad, los deseos, las palabras, las obras y toda mi vida y mi fin. Para que, con tu intercesión, todas las cosas se orienten al bien, según la voluntad de tu Hijo amado y Señor nuestro, Jesucristo. Para que tú seas para mí, oh Señora mía santísima, auxilio y consuelo ante las tentaciones y las luchas del antiguo enemigo y de todos los demás enemigos.

»Pide para mí, oh, Señora, una perpetua castidad de mente y del corazón, para que con un corazón puro y un cuerpo casto pueda servir a tu querido Hijo y a ti en mi Orden.

»Consigue de tu Hijo para mí la pobreza voluntaria con la paciencia y la tranquilidad de ánimo, para que sea capaz de sostener la disciplina de la Orden y de trabajar por mi salvación y la de mi prójimo. Y, además, pide para mí, oh, dulcísima Señora, una caridad con la que yo ame con todo el corazón a tu Hijo

sacratísimo, Nuestro Señor Jesucristo, y a ti, después de Él, sobre todo y al prójimo en Dios y por Dios.

»Haz, oh, Reina del Cielo, que yo tenga siempre en el corazón el temor junto al amor de tu dulcísimo Hijo.

»Te ruego, además, que, en el momento del fin de mi vida, tú, Madre única, puerta del Cielo y abogada de los pecadores, no permitas que yo, indigno siervo tuyo, me aleje de la santa fe católica. Te ruego que tú me socorras con tu gran piedad y misericordia, y me defiendas de los espíritus del mal; y que yo, lleno de esperanza en la bendita y gloriosa Pasión de tu Hijo y en tu intercesión, obtenga de Él el perdón de mis pecados y que, muriendo en tu amor y en su amor, me dirija por la vía de la salvación y de la salud eterna».

O aquella otra oración que con gran devoción rezaba cada día santo Tomás tras la comunión eucarística:

«Gracias te doy, Señor Dios, Padre todopoderoso, por todos los beneficios. Y señaladamente porque has querido admitirme a la participación del sacratísimo Cuerpo y Sangre de tu unigénito Hijo. Te suplico, Padre clementísimo, que esta sagrada comunión no sea para mi alma lazo ni ocasión de castigo, sino intercesión saludable para el perdón. Sea armadura de mi fe, escudo de mi buena voluntad, muerte de todos mis vicios, exterminio de todos mis carnales apetitos; y aumento de caridad, paciencia y verdadera humildad y de todas las virtudes; sea perfecto sosiego de mi cuerpo y de mi espíritu, firme defensa contra todos mis enemigos visibles e invisibles, perpetua unión contigo sólo, mi verdadero Dios y Señor, y sello feliz de mi dichosa muerte. Y te ruego que tengas por bien llevarme a

mí, pecador, a aquel convite inefable, donde tú, con tu Hijo y el Espíritu Santo, eres para tus santos luz verdadera, y satisfacción cumplida y gozo perdurable, dicha completa y felicidad perfecta. Por Cristo Nuestro Señor. Amén».

En otra ocasión aparece la figura de fray Reginaldo, su secretario y amigo íntimo, quien nos cuenta cómo santo Tomás «antes de ponerse a estudiar, sostener una discusión, enseñar, escribir, o dictar, recurría a la oración en secreto, con frecuencia deshecho en lágrimas. Si alguna duda se le ofrecía, interrumpía el trabajo mental para acudir nuevamente a sus plegarias». Al hilo de lo cual recuerda aquella oración que solía rezar el santo antes del estudio:

«Oh, inefable Creador nuestro, altísimo principio y fuente verdadera de luz y sabiduría, dignate infundir el rayo de tu claridad sobre las tinieblas de mi inteligencia, removiendo la doble oscuridad con la que nací: la del pecado y la ignorancia. ¡Tú, que haces elocuentes las lenguas de los pequeños, instruye la mía, e infunde en mis labios la gracia de tu bendición! Dame agudeza para entender, capacidad para retener, método y facilidad para atender, sutileza para interpretar y gracia abundante para hablar. Dame acierto al empezar, dirección al progresar y perfección al acabar ¡Oh, Señor! Dios y hombre verdadero, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén».

Junto a todos estos aspectos biográficos, a lo largo de la obra, encontramos varias explicaciones de los numerosos temas en los que profundizó el doctor Angélico, como ésta sobre el concepto del mal que se recoge a modo de conversación con uno de sus discípulos:

«Lo malo no es algo, sino fallo de algo en su bondad. Algunos arguyen que, ya que existe el mal, Dios no existe. Más bien hay que argumentar al revés. La experiencia de lo malo prueba la existencia de Dios, pues lo malo no se daría si desapareciese el orden del bien, cuya privación es lo malo, y tal orden no se daría si Dios no existiera. La perfección del universo exige que haya entes incorruptibles y entes corruptibles. Luego existen entes que pueden fallar en su bondad, de lo cual se sigue naturalmente que falle de hecho alguna vez. En esto consiste, precisamente, la razón de lo malo, a saber, en que alguna cosa decaiga

en su bondad. La Providencia divina no tiene porqué excluir de las cosas la posibilidad de fallar en el bien. Lo propio de la Providencia divina consiste en conservar la naturaleza, no en destruirla. Lo malo entró en el mundo por efecto del pecado del hombre».

Este relato novelado nos embarca en la maravillosa aventura de conocer la figura de santo Tomás de Aquino profundizando en su vida, su doctrina y su personalidad, para descubrir la intensidad y fecundidad de sus apenas cincuenta años de vida, presentándolo como un incansable buscador de la Verdad. Retrata a un hombre que, sabiéndose frágil

y pequeño, huyó de toda soberbia y endiosamiento.

Por todo ello el papa Juan XXII pareció canonizar a un mismo tiempo sus virtudes y su doctrina, al pronunciar, hablando a los cardenales en consistorio, aquella memorable sentencia: «**Iluminó la Iglesia de Dios más que ningún otro doctor; y saca más provecho el que estudia un año solamente en sus libros, que el que sigue todo el curso de su vida las enseñanzas de los otros**». Es así como esta obra nos ayuda a acercarnos a la figura de este gran santo y doctor de la Iglesia de perenne actualidad en los tiempos actuales.



Los cielos proclaman la gloria de Dios

Los cielos cuentan la gloria de Dios,
y el firmamento proclama la obra de sus manos.
El día al día trasmite el mensaje
la noche a la noche comunica la nueva.
No hay lenguaje ni palabras,
ni es oída su voz.
Por toda la tierra se difunde su voz,
y hasta los confines del orbe sus palabras.
En ellos puso tabernáculo para el sol;
y este, como esposo que sale de su alcoba,
se regocija cual hombre fuerte al correr su carrera.
De un extremo de los cielos es su salida,
y su curso hasta el término de ellos.
Nada hay que se esconda de su calor.
La ley de Jahvé es perfecta: convierte el alma;
el testimonio de Jahvé es fiel: hace sabio al ignorante.

Salmo 19



Hemos leído

Aldobrando Vals

La eutanasia y el paganismo van de la mano

CATHOLIC
HERALD

Escribe Gavin Ashenden en The Catholic Herald a propósito de algo evidente: el mundo que surge cuando se abandona el cristianismo no es el mundo como estaba antes pero sin fe, es otro mundo:

«En cierto modo, nunca ha habido un mejor momento para ser católico. La Iglesia católica, a diferencia de muchas otras comunidades, tiene una visión muy clara de la dignidad de la persona humana y del modo en que el don de nuestra humanidad es un aspecto de la *imago Dei*.

Estamos viviendo un cambio tanto de cultura como de civilización. Podemos documentar las razones conceptuales que subyacen al actual cambio cultural de muchas maneras, pero el modo en que entendemos nuestra humanidad está en el centro del cambio. La santidad está siendo sustituida por la «desechabilidad».

Sería fácil verlo como un síntoma de la cultura del usar y tirar, un subproducto del materialismo derrochador. Sin duda, en parte lo es, pero es más que eso. Y ese «más que» penetra

hasta el corazón de la visión católica de lo que somos. Es la Iglesia, por tanto, la que tiene el antídoto contra este descenso hacia la decadencia. Porque eso es lo que es: un cambio espiritual y filosófico de lo más serio.

John Daniel Davidson ha escrito recientemente un libro en el que argumenta que la forma más clara de entender los cambios que estamos atravesando es considerarlos como un resurgimiento del paganismo. En su libro *Pagan America: The Decline of Christianity and the Dark Age to Come*, defiende que no estamos avanzando inexorablemente por la tan cacareada trayectoria del progreso, sino que estamos retrocediendo. Estamos en un momento cultural regresivo, no progresivo. Y el «retroceso» hacia el que estamos yendo es un lugar muy oscuro.

La clave del vínculo entre nuestro actual sistema de valores y las oscuras culturas paganas más antiguas es el estatus que damos a la vida humana. La cultura cristiana siempre ha insistido en que la vida es un don de Dios, que los seres humanos están hechos a imagen de Dios. Pero en la mentalidad pagana el ser humano se convierte en algo desechable y prescindible.

Una de las mejores formas de explorar las implicaciones del paso de ser *imago Dei* a ser desechables es estudiar la cultura sexual y esclavista de la antigua Roma. Recientes excavaciones han revelado fosas bajo los

burdeles donde se han encontrado cientos de cadáveres de bebés. Se supone que los embarazos sufridos por las inquilinas de los burdeles producían niños que eran estrangulados al nacer y luego desechados, arrojados por las alcantarillas bajo los edificios.

Pero detrás de la explotación sexual a gran escala estaba el fenómeno de la **esclavitud**. Al igual que la economía de Roma se basaba en la esclavitud, su **economía moral también dependía de la esclavitud sexual y la prostitución**. Los esclavos romanos podían ser asesinados o expulsados por sus amos por cualquier motivo y en cualquier momento; podían ser obligados a prostituirse o violados por miembros de la familia.

El abandonar la monogamia, a través del matrimonio entre personas del mismo sexo y la mercantilización de los vientres de alquiler, se extiende aún más la sombra de la desechabilidad utilitaria

Esta explotación sexual llegaba hasta los niños, tanto niños como niñas. Se calcula que en un imperio de unos 70 millones de habitantes, alrededor del 10% –entre siete y diez millones– eran esclavos.

La explotación sexual de los esclavos se daba por sentada. En el mundo pagano, los esclavos y las prostitutas, al igual que los niños no deseados, eran considerados socialmente infrahumanos. No tenían derechos y a nadie le importaba lo que les ocurriera. A veces, ciertos críticos se quejan de que la Biblia no estableciera la libertad para los esclavos, pero subestiman por com-

pleto el impacto de la idea cristiana de que los esclavos y sus amos eran iguales ante Dios y tenían las mismas responsabilidades morales.

En su libro *Dominion*, Tom Holland hace mucho hincapié en el hecho de que el cristianismo derrotó la concepción pagana romana del sexo sin límites impuesto a los débiles por los poderosos con la introducción de la sacralización de las relaciones sexuales y procreativas humanas dentro de la monogamia.

Lejos de subyugar a las mujeres y convertirlas en esclavas de los hombres, la Iglesia dignificó a las mujeres con igualdad, una finalidad más elevada y protección en lo que había sido un mundo despiadado donde la fuerza siempre se salía con la suya.

Ahora la trayectoria inversa, de lo sagrado a lo desechable, ya está en marcha. A “desechable en el vientre materno” le sigue “desechable al final de la vida”, cuando los ancianos ya no son económicamente útiles.

En el Reino Unido, el relativamente nuevo gobierno laborista está intentando introducir una legislación que permita el suicidio asistido y la eutanasia. Promete límites y garantías, pero al igual que con el monstruo del aborto, éstas no sobrevivirán a una década de presiones políticas.

El abandonar la monogamia, a través del matrimonio entre personas del mismo sexo y la mercantilización de los vientres de alquiler, extiende aún más la sombra de la desechabilidad utilitaria; del mismo modo que las categorías colectivas bajo las que actúa la izquierda reducen la importancia de lo que era un individuo, que ahora sólo es un miembro del colectivo.

La desechabilidad lleva a la brutalidad. La visión de la que es depositaria la Iglesia católica –que los seres humanos son sagrados y están hechos

a imagen de Dios– no sólo es cierta, sino que protege a los vulnerables de explotaciones que se intensifican con una rapidez asombrosa».

La envidia, clave del odio del hombre occidental a sí mismo



El filósofo francés Rémi Brague visitó recientemente Madrid para impartir una conferencia en el marco del Foro Neos titulada «¿Por qué el hombre occidental se odia a sí mismo?». En ella encontramos sugerentes reflexiones:

«¿Se ama a sí mismo el hombre moderno? Amar a algo significa querer que el objeto del amor sea, exista, sea lo que es. Es decir, amar lo que hace que sea. Yo prefiero decir que se estima, que se interesa por sí mismo.

Tiene el hombre posmoderno el sueño imposible de una autodeterminación radical... Ama lo que quisiera ser, odia lo que es.

El “odio a sí mismo” del hombre occidental de hoy es un odio indirecto o, mejor dicho, por sustitución. Odia el hombre de la elite occidental todo lo que viene de fuera y que lo determina. Hay determinaciones culturales como los padres y el ambiente social, el país con su idioma, su cultura y su historia, etc. Hay también determinaciones naturales como el sexo o la edad, hasta el hecho fundamental de pertenecer a la especie humana.

[...] Quisiera añadir algo, especificar el tipo de odio de que se trata. Podemos odiar varios tipos de cosas, a varios grupos de gente, y sobre todo



El filósofo y escritor Rémi Brague

por varias causas. Lo mismo se puede decir del odio a sí mismo. También tiene varias formas. Podemos odiar porque estamos celosos, indignados o envidiosos. Según mi parecer, el odio a sí mismo que se encuentra en el hombre occidental de hoy es manifestación de envidia.

La envidia constituye una forma de odio, y el odio busca la destrucción de lo que odia. Lo que se podría llamar la “auto-envidia” trae consigo el deseo de autodestrucción. La autodestrucción constituye la forma más perfecta de la autodeterminación. El proyecto de la autodeterminación del hombre por sí mismo trae consigo el deseo de suicidio.

[...] **El odio a sí mismo del hombre occidental no tiene por objeto el individuo en su núcleo fundamental, sino más bien todo lo que lo determina desde afuera.** Ahora bien, basta sustituir el suicidio del individuo por la destrucción del país en donde vive, de la civilización que le ha traído sus tesoros morales y culturales o, en un horizonte lejano, la extinción de la especie humana. El individuo puede contribuir a dichas destrucciones del país, de la

cultura, de la humanidad. Lo hace por las ideas que difunde y por los actos que realiza o que rehúsa en poner. Lo hace mientras que se ahorra la pena de matarse a sí mismo. Y además sigue disfrutando de los bienes de la paz social en su país, de las riquezas de la cultura que ha he-

Si podemos salir bien de ese peligro mortal, tenemos que recobrar una visión positiva de lo que nos constituye y aceptarlo con gratitud, es decir recuperar la fe en un amor providente, la fe en la creación.

redado, y, debajo de todo eso, sencillamente de su pertenencia a la especie humana.

[...] **La raíz última de la envidia de sí mismo se halla en una cosmovisión total. Es la cosmovisión según la cual todos los factores que me hacen ser lo que soy son el producto fortuito de causas ciegas fortuitamente reunidas, y nada más. Una cosmovisión que prescinde de la referencia**

a una Razón creadora y benévola—el Logos divino del prólogo del Evangelio de Juan—produce necesariamente la envidia de sí, el odio de sí, y el deseo de autodestrucción.

Ya han subrayado varios pensadores que la supuesta “muerte de Dios” tiene por consecuencia lógica inevitable la muerte del hombre. Y no una muerte metafórica, solo capaz de dar un agradable escalofrío a los intelectuales chic, sino, a largo plazo, una extinción muy concreta.

Si podemos salir bien de ese peligro mortal, tenemos que recobrar una visión positiva de lo que nos constituye y aceptarlo con gratitud, es decir recuperar la fe en un amor providente, la fe en la creación. La fe no es una superestructura algo nebulosa o un artículo de lujo, sino el fundamento de nuestra existencia. Lo bueno en la situación actual es que nos da la oportunidad de redescubrir la urgencia vital de la fe. Nos ha puesto el estado actual de la civilización, muy concretamente, en la situación que suponía el fin del Deuteronomio: “he puesto delante de ti hoy la vida y la muerte, a ti toca escoger la vida”».



Pro beatificación padre Enrique Ramière

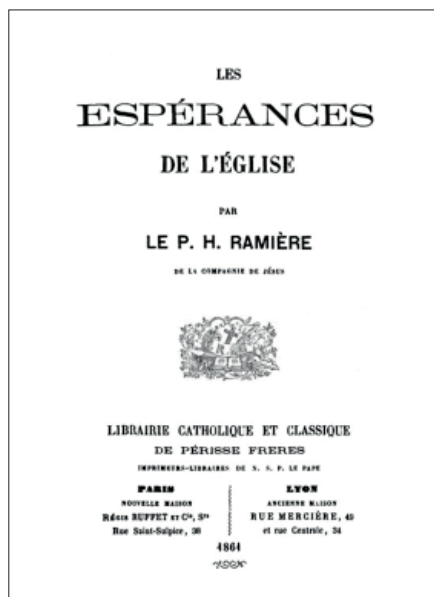
«La Inmaculada Virgen María, cimiento fortísimo de confianza en la divina misericordia»

Es muy oportuno el estudio que, tomando argumentos de la razón y de la revelación, muestra que en la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de la Virgen María hay un cimiento firmísimo de confianza cristiana: de manera que los fieles por él se vean confortados, con el ánimo levantado esperen al Señor y actúen con valentía. Así como no hay nada más injurioso a la bondad divina que la desconfianza y la duda, tampoco hay nada más adecuado que la humilde confianza para que Dios nos sea propicio, Él, que se gloria en sus misericordias, más que en el resto de sus obras. Ni se debe dudar que haya nada más eficaz que esa confianza, pues se apoya en la intercesión de aquella a quien el mediador entre Dios y los hombres, ha puesto entre Él y nosotros, para que no temiéramos acercarnos, por el respeto que infunde la majestad divina; y a quien, concediendo el precio de nuestra redención, le entregó el reino de la misericordia, dándole la omnipotencia suplicante. Habiendo escrito tú, para confirmar y favorecer esta confianza, la obra titulada: *Les Espérances de l'Église*, nuestro santísimo señor Pío IX, a quien ofreciste un ejemplar, alabó grandemente tu propósito, y me mandó que, te mostrara ese pensamiento suyo, y te manifestara la gratitud con la que recibió el volumen, y en testimonio de esto te

anunciara la bendición apostólica que te imparte con amor.

Antonio Mercurelli,
Secretario de S.S. Pío IX
10 de octubre de 1863

De parte del beato Pío IX, se alaba el contenido e intención de la obra, le expresa gratitud y le imparte con amor la bendición apostólica.



[pie de foto] 1861. Tres obras vieron la luz, conmoviendo la conciencia católica del siglo. Por la primera, *L'Apostolat de la prière*, manteniendo el título, se renovaba de principio a fin una obra que naciera en diciem-

bre de 1844: convocaba a la comunidad de oblación con el Corazón de Cristo –siempre vivo para interceder por nosotros– al Padre. La segunda, *L'Église et la civilisation moderne*, en la que se salía al paso de las tendencias sociales. Por fin, *Les espérances de l'Église*: integrando la anterior referida, se abría por la consideración teológica del fin del cosmos en Dios, Jesucristo y la Iglesia, culminando en el anuncio del Reino mesiánico en la Escritura y en la tradición apostólica, tomando impulso en los acontecimientos de Paray. Punto de partida: la confianza proclamada por el beato Pío IX con motivo del acto definitorio de la Inmaculada Concepción de Santa María Virgen. Desplegaba el padre Ramière la bandera de la esperanza. Y si la fe obra por la caridad, se alimenta y sostiene por la esperanza que no defrauda.

«¡La Iglesia! La amaba desde lo más profundo de su corazón. Era su madre. Para defenderla habría dado su sangre: Dios sólo le pidió que dispusiera todas sus fuerzas en su servicio. Lo hizo. Lo que decimos de san Basilio, de igual manera lo decimos de él: Totum se tradidit matri Ecclesiae – Se entregó por completo a su madre, la Iglesia.»

Émile Regnault S.I.
Messenger du Coeur de Jésus.
Febrero 1884.



Pequeñas lecciones de historia

Santa Margarita María de Alacoque (8): el Corazón de Jesús prepara a santa Margarita para ser su confidente

Gerardo Manresa



EN junio de 1680 recibe Margarita una carta de la M. Soudeilles, maestra de novicias del monasterio de Moulins, cuya nueva superiora era la M. de Saumaise, que se ha convertido en el primer apóstol de la devoción, pues la Hna. Margarita nada puede hacer en su convento, ya que las dificultades para hablar de ello la tienen bloqueada.

En el momento de recibir la carta de Moulins, Margarita estaba enfer-

ma de gravedad y el día de Corpus siente un vivo deseo de ir a comulgar a pesar de su enfermedad y se lo solicita a la M. superiora; ésta, la M. Greyfié, con influencias pro-jansenista, se lo concede, pero le impone una condición: «Yo le mando por orden de la santa obediencia pida la salud a Nuestro Señor a fin de poder practicar asiduamente los ejercicios de la santa Regla, hasta la Presentación de Nuestra Señora de este año 1680». Y así fue desde el 20 de junio hasta el 21 de noviembre: este día, fiesta de la Presentación, le volvieron sus achaques y tuvo que volver a la enfermería. Ello convenció a la M. Greyfié que era cosa de Dios, la dejó en manos del Sagrado Corazón y le dijo a Margarita que haga lo que Él quiera, pero el Sagrado Corazón le devuelve la salud para que siga la vida de la comunidad.

En abril de 1681 el padre La Colombière, enfermo, es enviado a Paray para ver si el clima de allí es más benévolo para su salud, pero empeora con este traslado y deciden volver a trasladarlo. Él avisa a la Hna. Margarita y ella le hace llegar una nota diciendo: «Él me ha dicho que quie-

re aquí el sacrificio de vuestra vida». Pero ello se entiende sin desobedecer las ordenes de los superiores. El padre Claudio consiguió permanecer en Paray y murió en dicha ciudad el 15 de febrero de 1682.

Tras la muerte del padre Claudio continuó Margarita su vida de sacrificio, dolores y consuelos. La M. Greyfié, todavía quiere probar más a la Hna. Margarita, exigiendo pruebas del Sgdo. Corazón para aceptar a su apóstol, así vuelve a solicitarle la curación de una nueva enfermedad de Margarita. Serán cinco nuevos meses de prueba. Margarita se encuentra sometida a la santidad de justicia que pesa sobre ella y le dice a la M. Saumaise, en una carta: «todas mis penas se imprimen en mí tan vivamente, que penetran hasta la médula de mis huesos». El cáliz de Getsemaní no se aparta de ella.

El año 1683, el divino Corazón hizo donación a Margarita de la salvación de las almas del Purgatorio y todo lo debía hacer para su rescate. Ella lo hizo y muchas de las ánimas salvadas se le aparecieron para darle las gracias.

El 20 de mayo de 1683 expiraban los cinco meses de plazo pedido por la M. Greyfié para mantener la salud de Margarita. Este día Margarita cayó otra vez enferma. La M. Greyfié se convenció de que el Sgdo. Corazón era el que la guiaba y le solicita que le deje en buena salud hasta finalizar el año, cosa que permite el Señor. A partir de entonces la M. Greyfié no sólo creyó en la actuación de Margarita guiada por el Señor, sino que

participaba de las súplicas que Margarita debía hacer al Señor para el bien de otras personas, pero le advirtió: «Os humillaré con gusto en ciertos casos, porque tenéis necesidad de esta ayuda y es caridad dárosela y así lo hago deseosa como estoy del bien de vuestra alma».

Tres eran los ardores que atormentaban a Margarita y le hacían

El año 1683, el divino Corazón hizo donación a Margarita de la salvación de las almas del Purgatorio y todo lo debía hacer para su rescate. Ella lo hizo y muchas de las ánimas salvadas se le aparecieron para darle las gracias.

padecer un cruel martirio:

-el deseo de amar a Dios y recibirlo en comunión.

-el deseo de padecer. Sentía una necesidad continua y urgente, a pesar de la repugnancia de su naturaleza impresionable y delicada, de padecer hasta dar la vida.

-deseo de morir para ir a encontrarse con Dios, pero aceptaría vivir hasta el juicio final, si tal fuese la voluntad divina.

Junto con el amor de Dios iba también el amor al prójimo y especialmente a sus hermanas de Religión. Un día le manifiesta el Señor los castigos que va a imponer a ciertas almas, que más la maltratan: «Oh, Salvador mío, descargad sobre

mí toda vuestra cólera y borradme del libro de la vida antes de perder estas almas que tan caras te han costado». Jesús le responde: «Déjame obrar, no las puedo sufrir más». «No, Señor, –insiste Margarita–, no os dejaré hasta que las hayáis perdonado». El Señor le responde: Consiento, si tú respondes por ellas. Ella le contesta: «Si, Dios mío, pero yo os pagaré con vuestros propios bienes, que son los tesoros de vuestro divino Corazón».

Mientras Margarita sufre y goza de lo que el Sagrado Corazón le pide y le da, las hermanas del convento de Paray apenas saben todo lo que pasa dentro de Margarita y solo la M. superiora conoce todo este gran prodigio que se está produciendo en el monasterio.

A principio de 1684 la M. Greyfié, superiora, deja de serlo y es enviada a Semur. Le han desaparecido todas sus influencias pro-jansenistas y aunque había sido muy dura con la Hna. Margarita, en Semur se hizo apóstol de la nueva devoción.

A cambio de una solicitud de curación de una joven pensionista, Jesús le pide a Margarita un triple sacrificio: «Si tú te sacrificas en no manifestar en adelante ninguna repugnancia ni en los empleos, ni en escribir para responder a los que yo te enviaré a ti, ni en ir al locutorio». Era el preludio del inicio de la propagación de la devoción al Corazón de Jesús, que de momento se iba a expandir entre las hermanas de Religión, por medio de cartas y escritos y de visitas en el locutorio.





Hace 75 años 180 años de la «Cruzada de oración» para acelerar el Reino de Cristo

Ibón Elósegui

El día de san Francisco Javier, ahora hace 180 años, en una casa de jóvenes jesuitas en la región francesa de Vals, Francia, nacía el Apostolado de la Oración. Primero de la mano del padre Gautrelet y años más tarde del padre Enrique Ramière. Esta realidad eclesial, bajo la insignia del Corazón de Jesús, oraba sin cesar por el advenimiento del Reino de Cristo a la tierra bajo el lema de «Adveniat Regnum tuum» (venga a nosotros tu Reino).

El libro escrito por el padre Ramière, El Apostolado de la Oración, lo subtítulo como: Santa Liga de los corazones cristianos unidos al Corazón de Jesús para obtener el triunfo de la Iglesia y salvación de las almas, resumiendo así el fin y el medio de dicho Apostolado.

En línea con el propósito de esta asociación de fieles, en 1949, hace 75 años, la dirección del Apostolado de la Oración propone una iniciativa que es recogida en el número de diciembre de la revista Cristiandad: la proclamación de una «Cruzada de oración y penitencia». Esta iniciativa venía como consecuencia de la petición del papa Pío XII para la preparación del Año Santo de 1950, en la que exhortaba de la siguiente manera:

«Por medio de las oraciones que se han de hacer al Señor, pídase ante todo que cada uno, orando y haciendo penitencia, se entregue con empeño a la reforma de las propias costumbres y a la adquisición de las virtudes cristianas: a fin de que este gran Jubileo prepare felizmente un universal retorno de todos a Cristo».

La razón de la necesidad de esta Cruzada la explicaba el mismo Apostolado de la Oración, ofreciendo para ello cuatro razones:

1. El momento histórico presente no es uno de tantos. Su gravedad es de todo punto excepcional. Ninguna acción sólida podrá emprenderse si no nos percatamos de este hecho, no por trágico menos real.

2. Los medios puramente humanos, por efecto de la mala voluntad y de la general perversión de criterios, han fracasado. Ninguna esperanza de paz duradera queda ya por este lado.

3. Dios y la Iglesia proponen al mundo, como remedio extraordinario para estos tiempos extraordinarios, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, por medio del Corazón Inmaculado de María.

4. Esta devoción es, en primer lugar, una devoción de reparación. Mas no es esto todo. Ella es también una devoción de esperanza, y por lo mismo presta fundamento a una actuación sólida que abarque todos aquellos órdenes de la vida que estén confiados a nuestra

responsabilidad o a los cuales se extienda nuestra influencia individual o colectiva, para la constitución de un mundo mejor.

75 años después de esta proclamación, los tiempos en los que vivimos no podemos decir que hayan ido a mejor. Por esta razón, la misión del Apostolado de la Oración (ahora denominado Red Mundial de Oración del Papa), es más necesario que nunca, para continuar con este espíritu de Cruzada de oración para acelerar el Reino de Cristo.

La Dirección general del Apostolado de la Oración proclama una cruzada internacional de oración y penitencia

El Sumo Pontífice invita a todos los cristianos a que, durante el Año Santo, se conviertan sinceramente a Dios, y a que por medio de la oración y de la penitencia imploran su misericordia y su perdón. Dios y la Iglesia ofrecen al mundo para estas extraordinarias aflicciones la devoción al sacratísimo Corazón de Jesús.

Pidamos de todo corazón que se acorten los días de aflicción y que se acelere el triunfo del Reino de Cristo.

Proclama

A medida que pasa el tiempo, se ve con mayor claridad la insuficiencia de las fuerzas humanas para remediar las gravísimas calamidades que oprimen a los hombres.

Por eso el Sumo Pontífice invita a todos los cristianos a que se conviertan sinceramente a Dios en el Año Santo y a que imploren la misericordia y el auxilio del Señor, mediante la oración y la penitencia.

El Apostolado de la Oración, como instituido precisamente para orar por las intenciones del Sumo Pontífice, recoge aquella invitación del Vicario de Cristo y exhorta a todos sus miembros, incluso a todos los cristianos, a tomar parte en una Cruzada de

Oración. Dios y la Iglesia, para estas aflicciones extraordinarias, nos han dado la devoción al Corazón sacratísimo de Jesús, el cual es propiciación por nuestros pecados y está lleno de misericordia. Acudamos, pues, a esta fuente de piedad y de vida y, por intercesión del Inmaculado Corazón de la Santísima Virgen María, imploremos el perdón de nuestros pecados y de los del mundo entero, y supliquemos de todo corazón que se abrevien los días de la aflicción y de la miseria, y se apresure el triunfo del Reino de Cristo.

Por tanto, exhortamos a todos los fieles a inscribirse en esta Cruzada de oración y a dirigir muchas y fervientes súplicas al Corazón divino de nuestro Salvador. De un modo especial recomendamos a los que quieran agregarse a esta Cruzada de oraciones:

1. Que, por lo menos, una vez cada semana, aparte de la misa dominical, asistan al Santo Sacrificio y, en cuanto sea posible, se acerquen a recibir la Sagrada Eucaristía con espíritu de reparación y expiación, sobre todo el primer viernes, previa la debida preparación y con ferviente acción de gracias;

2. Que todos los días, en privado o en común, recen el Santo Rosario.

Invitamos también a todos a asistir frecuentemente a las funciones religiosas en que se intenta reparar el honor divino por las injurias que le

hacen los pecadores, como son, sobre todo, las Horas Santas, las adoraciones del Santísimo Sacramento, etc. Abracemos también con paciencia y espíritu de reparación los sufrimientos y privación de este tiempo, para que con esta participación de la cruz de Nuestro Señor atraigamos la misericordia y la gracia de Dios.

Venid, pues, todos y perseverad unánimes en la oración. Cuanto mayor sea nuestra constancia en la oración, tanto más brillará la esperanza de encontrar la paz y la reconciliación en el Corazón de nuestro Redentor, y aún más presto de lo que nos atrevemos a esperar.

Roma, en la fiesta de Cristo Rey de 1949.

La Dirección general del Apostolado de la Oración

La propia Dirección general del Apostolado nos facilita los siguientes comentarios a la proclama de una Cruzada de oración

En las grandes calamidades de nuestros tiempos, el Sumo Pontífice ha invitado repetidamente a los fieles a la oración y penitencia. Muchos oyeron la voz del Vicario de Cristo; pero son más los que todavía no conocen la gravedad de la hora presente ni la necesidad de la oración.

Por esto, el Apostolado de la Oración, cuyo fin principal es inducir a los cristianos a orar por las necesida-

des del Reino de Cristo según la mente del Sumo Pontífice recoge esta exhortación del Papa y desea promover entre los fieles una como «Cruzada de oración y de penitencia».

Por medio de esta «Cruzada» hemos de persuadir a muchísimos de que, en las inmensas dificultades de nuestros tiempos, hay que buscar la salvación sobre todo en la oración penitente y confiada dirigida al Santísimo Corazón de Jesús por medio del Inmaculado Corazón de María.

Para obtener este buen éxito de la «Cruzada» es de suma importancia que el pueblo cristiano sea puntualmente instruido [...] lo cual debe hacerse principalmente con la predicación.

Debe ser esencialmente predicación acerca del sacratísimo Corazón de Jesús y del Inmaculado Corazón de la Bienaventurada Virgen María. Y pues que dicha devoción fue dada por Cristo Nuestro Señor, a través de su Iglesia, precisamente como remedio para nuestros tiempos es por ello necesario que como tal se predique.

De tal forma debe predicarse que así la cruzada como la devoción a los



DOMINE SALVA NOS, PERIMUS!

sacratísimos Corazones aparezcan como algo extraordinario para estos tiempos extraordinarios.

La finalidad de toda esta predicación debe ser siempre que el pueblo entienda que los tiempos son gravísimos y que en estas necesidades hay que buscar refugio en el Corazón de Jesús por medio del Corazón de la Bienaventurada Virgen María.

[...]El género humano no se salvará, si no es volviendo penitente

a Dios. Mas justamente esta conversión o retorno a Dios es fruto de la gracia. Por lo tanto, para que esta misericordia en bien de la humanidad nos sea otorgada, debe implorarse de Dios con grande ahínco.

[...]Nos ha sido dada, sobre todo, como remedio para las angustias de los tiempos actuales la devoción al sacratísimo Corazón de Jesús y al Inmaculado Corazón de la Virgen María.

[...]Es preciso proponer a los fieles el reinado del amor de Cristo, cuyo advenimiento puede ser acelerado con nuestras oraciones y reparaciones lo mismo que con nuestra acción y apostolado.

La devoción al Sagrado Corazón debe proponerse, en efecto, no tan sólo como una devoción de penitencia, sino de íntima confianza y esperanza. Esta esperanza debe encender a los hombres en un gran deseo de vivir una vida verdaderamente cristiana y de colaborar al apostolado de la Iglesia. Pues saben que con este medio se acelera el advenimiento del reinado de Cristo, el triunfo de su amor.

Intenciones del Papa encomendadas al Apostolado de la Oración



Diciembre: Por los peregrinos de esperanza

Recemos para que los jóvenes, llamados a una vida plena, descubran en María el estilo de la escucha, la profundidad del discernimiento, la valentía de la fe y la dedicación al servicio.

Enero: Por el derecho a la educación

Oremos para que migrantes, refugiados y afectados por las guerras vean siempre respetado su derecho a la educación, necesaria para construir un mundo mejor.



Actualidad religiosa

Javier González Fernández

II Congreso Internacional de Hermandades y Piedad Popular en Sevilla

EN 1999, a las puertas del gran Jubileo del año 2000, tuvo lugar en Sevilla la celebración del I Congreso Internacional de Hermandades y Religiosidad Popular. Han pasado 25 años y, en vísperas del inicio del Jubileo del año 2025, se ha celebrado recientemente el II Congreso Internacional con el lema «Caminando en esperanza».

El Congreso ha estado precedida de una fase diocesana de estudio y trabajo en la que participaron más de 4.000 cofrades de toda la provincia hispalense. Durante un año, la casi totalidad de las hermandades y cofradías desarrollaron miles de sesiones en las que, en un ambiente de oración, se abordaron temas nucleares de la fe católica y se reflexionó sobre la historia, la realidad y la vocación de las hermandades y cofradías y donde la aportación de las parroquias y del clero fue otro hito importantísimo de la Asamblea diocesana.

El papa Francisco, en una carta dirigida a monseñor Edgar Peña Parra, enviado especial de la Santa Sede al Congreso, afirmaba «**estar convencido de que la piedad popular de nuestro tiempo constituye una fuerza evangelizadora muy eficaz para hombres y mujeres y que transmite una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer**».

El desarrollo del Congreso, que tuvo lugar en el marco de la solemnidad de la Inmaculada Concepción de María los días 4 a 8 de diciembre y en el que hubo más de 1.900 inscritos, se estructuró mediante ponencias, mesas redondas y actos de culto (vísperas en conventos, adoración eucarística y misas diarias) en las que participaron congresistas provenientes de prácticamente la totalidad de las diócesis españolas, contó con una notable presencia hispanoamericana (mayoritariamente de México, Guatemala, Ecuador y Honduras) y con algunos participantes de Italia, Alemania, Países Bajos, Bélgica, Estados Unidos, Suiza e, incluso, de las Islas Azores.

Como ha señalado monseñor Saiz Meneses, este congreso ha sido una ocasión para contemplar las potencialidades de la piedad popular y una llamada a renovar la misión de las hermandades y cofradías en el mundo actual.

«Las Hermandades –escribía el arzobispo en *ABC Sevilla* comentando el congreso– tienen un papel fundamental como casas y escuelas de comunión. La fraternidad que se vive en ellas es un testimonio visible de la unidad en Cristo. Esta unidad, alimentada por la liturgia y la vida sacramental, debe ser el motor que las impulse para ser fermento evangélico en el mundo, irradiando los principios cristianos en una socie-

dad que con frecuencia busca sentido en medio de la incertidumbre. La liturgia no es un mero acto ritual, sino una fuente de santificación y un punto de encuentro con Dios que transforma la vida. Este encuentro, vivido en las celebraciones y en los cultos externos, halla su máxima expresión en actos como la procesión que clausuró el Congreso. Más allá de un desfile religioso o un espectáculo, **este evento fue un auténtico acto de evangelización**, un recordatorio público de la presencia de Dios en la historia de nuestro pueblo y una invitación a la oración tanto para creyentes como para quienes se acercaron movidos por la belleza y solemnidad del momento.

»El compromiso de las hermandades tiene un eje importante en el testimonio público de fe, pero implica además una acción caritativa renovada que responda a las necesidades de los más vulnerables: hacer presente el amor de Dios en medio de su pueblo. (...). Esta tarea enriquece a quienes reciben el apoyo y transforma a quienes lo ofrecen, acercándolos más al Corazón de Cristo. Para afrontar estos desafíos, la formación cristiana se convierte en un pilar esencial. Las hermandades deben ser espacios donde sus miembros puedan profundizar en su fe y adquirir herramientas para responder con sabiduría y valentía a las preguntas y a los retos de la sociedad contemporánea».

Carta del papa Francisco sobre la renovación del estudio de la historia de la Iglesia

Con el fin de compartir algunos pensamientos sobre la importancia del estudio de la historia de la Iglesia, especialmente para ayudar a los sacerdotes y agentes pastorales a interpretar mejor la realidad so-

cial, el pasado 21 de noviembre el papa Francisco escribió una carta en la que subraya **la importancia de promover una real sensibilidad histórica que incluya no sólo el conocimiento profundo y puntual de los momentos más importantes de estos pasados veinte siglos de cristianismo sino también y, sobre todo, el surgir de una clara familiaridad con la dimensión histórica propia del ser humano.**

Se debe decir –continúa el Papa– que todos, y no sólo los candidatos al sacerdocio, tenemos hoy necesidad de renovar nuestra sensibilidad histórica porque una adecuada sensibilidad histórica nos ayuda a cada uno a tener un sentido de la proporción, un sentido de medida y una capacidad de comprensión de la realidad, sin abstracciones peligrosas y desencarnadas, protegiéndonos al mismo tiempo del «monofisismo eclesiológico».

En una época en la que se está extendiendo la tendencia a intentar prescindir de la memoria o construir una que se adecue a las necesidades de las ideologías dominantes, la necesidad de una mayor sensibilidad histórica es más urgente que nunca. Frente a la supresión del pasado y de la historia o de los relatos históricos «tendenciosos», el trabajo de los historiadores, así como su conocimiento y amplia difusión, pueden frenar las mistificaciones y los revisionismos interesados.

Hoy –subraya el Santo Padre– tenemos una proliferación de relatos, a menudo falsos, artificiales e incluso engañosos –historias cuidadosas y secretamente prefabricadas que sirven para construir relatos *ad hoc*, relatos de identidad y relatos de exclusión–, y al mismo tiempo una ausencia de historia y de conciencia histórica en la sociedad civil y tam-

bién en nuestras comunidades cristianas. El papel de los historiadores y el conocimiento de sus resultados hoy son decisivos y pueden representar uno de los antídotos para enfrentar este régimen mortal de odio basado en la ignorancia y los prejuicios.

Refiriéndose más concretamente al estudio de la historia de la Iglesia, el papa Francisco nos alerta del riesgo de proponerla meramente como soporte de la historia de la teología o de la espiritualidad en los siglos pasados. Enseñada de esta manera, la historia de la Iglesia pierde su fuerza y no contribuye a que la teología entre realmente en diálogo con la realidad viva y existencial de los hombres de nuestro tiempo. Además, este enfoque no facilita un adecuado conocimiento de las fuentes y de las herramientas necesarias para leerlas sin esos filtros ideológicos o prejuicios teóricos que no permiten una recepción viva y estimulante de esos textos. Por otro lado el Papa se refiere a la necesidad de «hacer historia» de la Iglesia –así como de «hacer teología»– no sólo con rigor y precisión sino también con pasión e involucrándose: con esa pasión y compromiso, personal y comunitario, propios de quienes, comprometidos en la evangelización, no eligieron un lugar neutral y aséptico, porque aman a la Iglesia y la acogen como Madre, tal como ella es. Esto también ayudará a recuperar «las huellas de quienes no han podido hacer oír su voz a lo largo de los siglos», como es el caso de los mártires, conscientes de que no hay historia de la Iglesia sin martirio y que esta preciosa memoria nunca debe perderse porque precisamente donde la Iglesia no ha triunfado a los ojos del mundo es cuando ha alcanzado su mayor belleza.



Actualidad política

Jorge Soley Climent



Un grupo armado en la plaza Omeya de Damasco tras la toma de la ciudad.

Cae Assad y Siria queda en manos de los islamistas

NUEVO y trágico movimiento en el «gran juego» que se inició con el ataque terrorista de Hamás sobre Israel el pasado 7 de octubre de 2023 y que dio lugar a un cataclismo que está reconfigurando Oriente Medio. Tras la guerra en Gaza, en el Yemen, la ofensiva israelí en el Líbano contra Hezbolá y el intercambio de golpes entre Israel e Irán, ahora la pieza que ha caído ha sido Siria.

Una Siria que formaba parte del grupo de países aliados de Irán y que formaba parte de la llamada «media-luna chiíta» (aunque propiamente

hablando el presidente sirio Bashar el Assad es alauita, una rama que se desgajó del chiismo) que unía los territorios del Líbano, controlado por Hezbolá, Siria, Iraq (de población mayoritaria chiíta) e Irán. La extrema debilidad de un Hezbolá duramente golpeado por el ejército israelí y de un Irán en el punto de mira de Israel, junto a la incapacidad del otro gran valedor de Assad, Rusia, ahora embarrada en la guerra de Ucrania, para repetir lo sucedido en 2014, cuando la intervención rusa salvó su régimen, han sido determinantes.

Así se comprende la incapacidad del régimen de Assad frente al avance de los yihadistas de Hayat Tahrir

al-Sham (HTS), una organización salafita cercana a Al Qaeda, armada y financiada por una Turquía que ya invadió hace tiempo la franja fronteriza con Siria (una invasión que, por cierto, no ha levantado ninguna protesta) y que ahora se asegura que Damasco está bajo control de un aliado suyo. Junto al HTS, la ofensiva ha contado con milicias yihadistas kirguisas, uzbekas y de otras nacionalidades, incluyendo al grupo salafita Ajnad-al-Kavkaz, que ya participó en la guerra civil siria, ha combatido después en el frente ucraniano y regresa ahora victorioso a Siria.

Con la caída de Assad no sólo sale reforzada Turquía, también Israel ha aprovechado para ocupar su franja fronteriza con Siria: de este modo, tanto Turquía como Israel se aseguran sendas franjas de seguridad. Además, al perder el eslabón sirio, será mucho más difícil que Irán haga llegar armamento a sus aliados de Hezbulá en el Líbano, algo que también favorece a Israel.

En cuanto al resto del país, está por ver si los nuevos dueños de Damasco son capaces de imponer su orden en el resto del país o si Siria va a quedar en manos de diversas milicias y señores de la guerra, como ya sucedió en Libia tras el derrocamiento de Gaddafi.

Pero más allá de los cambios de equilibrios, los grandes perdedores de estas convulsiones en la región son los cristianos. El régimen baasista de Assad puede ser duramente criticado por múltiples motivos, pero lo cierto es que los cristianos y otras minorías religiosas podían vivir en paz. Ahora se abre un periodo que, para algunos, es de incertidumbre, pero que a tenor de lo sucedido en el pasado no augura nada bueno para los cristianos, perseguidos y discriminados en casi

todo Oriente Medio y a los que cada vez más sólo les queda la opción de abandonar la región. En un momento de convulsiones, cuando el futuro es de una volatilidad extrema, lo único que parece seguro es que ese signo de los tiempos que es el éxodo de cristianos de Oriente Medio va a proseguir.

Francis Fukuyama reconoce que la victoria total del liberalismo no es tal

En un largo artículo para el *Financial Times*, el célebre politólogo estadounidense Francis Fukuyama, acaba de sostener que la reelección de Donald Trump es sintomática de un nuevo momento histórico en el que crece el rechazo al liberalismo, aceptando implícitamente que su famosa tesis del «fin de la historia» y el triunfo fatal del liberalismo era errada.

En efecto, hace 35 años, en el verano de 1989 –unos meses antes de la caída del Muro de Berlín– Fukuyama profetizaba en un artículo para la revista *The National Interest* «la universalización de la democracia liberal occidental como forma definitiva de todo gobierno humano». Aquella afirmación ha envejecido mal, contradicha en los hechos, y ahora Fukuyama se muestra mucho más cauteloso. Escribe: «Cuando Trump fue elegido por primera vez en 2016, era fácil considerar que aquel acontecimiento era una aberración. Cuatro años después todo parecía haber vuelto a la normalidad. Ahora parece que es la presidencia de Biden la anomalía, y que Trump está inaugurando una nueva era en la política estadounidense y quizá en el mundo en su conjunto».

Fukuyama, defensor acérrimo del liberalismo, reconoce que algo funciona mal en los regímenes liberales occidentales. Él lo atribuye a dos

«distorsiones» del liberalismo aparecidas en la segunda mitad del siglo xx. Por un lado, lo que él llama «neoliberalismo», una ideología que «santifica los mercados y reduce la capacidad de los gobiernos para proteger a los afectados por los cambios económicos». Por otro, el «liberalismo woke», mediante el cual «el interés progresista por la clase trabajadora ha sido sustituido por medidas de protección selectivas para grupos marginados: minorías raciales, inmigrantes, minorías sexuales, etc». Trump ha triunfado enarbolando el rechazo a estos dos hijos del liberalismo clásico.

Para Fukuyama, no obstante, Trump va más allá y representaría una «gran amenaza para el propio liberalismo clásico», al tiempo que traza un panorama aterrador de lo que, según él, será el segundo mandato de Trump. Reconoce, eso sí, que Donald Trump no es un fascista porque no tiene «ninguna intención de establecer un régimen totalitario en Estados Unidos». Para él Donald Trump sería simplemente el rostro de la «decaencia progresiva de las instituciones liberales».

La historia no está escrita: frente a toda concepción determinista, como lo es la del liberalismo progresista de Fukuyama, los seres humanos seguimos siendo libres de tomar un camino u otro. Esto es lo que se ha visto obligado a reconocer Fukuyama ante las evidencias. Otra cuestión es si Trump rechaza sólo algunos desarrollos del liberalismo o si llega hasta poner en cuestión los fundamentos mismos del liberalismo. Algunos de quienes están en su entorno es posible que sean capaces de llegar hasta ese punto, pero todo parece indicar que no es el caso de Trump. Por mucha reacción histórica de tantos liberales ante su victoria, incluyendo un alarmado Fukuyama.



¡La mejor librería religiosa en Barcelona!

✉ info@balmeslibreria.com

📍 balmeslibreria.com

☎ 682 856 468

☎ 93 317 80 94



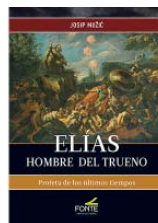
COR IESU VALLADOLID **SPES MUNDI**
Del 6 al 8 de junio. 2025

Congreso internacional sobre el Corazón de Jesús

Inscripciones



Organizan:



Elías. Hombre del trueno

Muzic, Jozo

Editorial: Monte Carmelo

396 páginas

Precio: 20,00€

«Analizando con rigor todos los momentos de la vida del profeta Elías, Josip Mužić, con el método de la lectio divina, nos va mostrando el camino que nos ha de conducir a volver a colocar a Dios, Santísima Trinidad, en el centro de nuestra vida personal, familiar, social y política. (...) También hoy como Elías, como San Benito, como San Bernardo de Claraval, hemos de aprender el camino de la vida y no anteponer nada a Cristo: Camino, Verdad y Vida (...) en la perspectiva del desenlace final de la historia para que estemos preparados y para poner toda nuestra confianza en la victoria final prometida por Dios para los que se mantengan fieles a pesar de las persecuciones y dificultades». Juan Antonio Reig Pla, Obispo emérito de Alcalá de Henares



Hispanoamérica.

Canto de vida y esperanza

López Linares, José Luis

Editorial: Plaza & Janés

224 páginas

Precio: 29,90€

Nos han contado mal la historia y nos la hemos creído. Este es el punto de partida de un sugerente ensayo divulgativo que tiende puentes entre las dos orillas del Atlántico y que ofrece una visión renovada y certera, alejada de maniqueísmos simplificadores, sobre el fértil encuentro entre culturas que cambió el mundo para siempre.

Si en *España, la primera globalización* José Luis López-Linares se encargaba de desmontar la leyenda negra, en *Hispanoamérica, canto de vida y esperanza* desempolva las viejas partituras que viajaron en los galeones españoles y, tras siglos de olvido y recelo, hace vibrar de nuevo los instrumentos dormidos para despertar una polifonía de voces, orgullosas de reivindicar el legado hispano en el mundo.



Las últimas cartas del requeté

Larraz Andía, Pablo, Sáez de Albéniz Arregui, María Pilar

Editorial: Almuzara

452 páginas

Precio: 25,95€

El 19 de julio de 1936, Mateo Arbeloa partió a la guerra como voluntario carlista desde Mañeru (Navarra), dejando en casa a su esposa Josefina Muru y a su pequeño hijo Manolín, de solo seis meses.

El requeté y su queridica Josefina intercambiaron, en los meses siguientes, un centenar de cartas en las que, de forma sincera y sobrecogedora queda plasmado el amor desbordante de un matrimonio joven, que debe afrontar los trances de la contienda. Como telón de fondo permanente, la fe confiada de dos personas sensibles y profundamente creyentes.



«DIOS CREÓ LOS CIELOS Y LA TIERRA»

En el principio, cuando Dios creó los cielos y la tierra, todo era confusión y no había nada en la tierra. Las tinieblas cubrían los abismos mientras el espíritu de Dios aleteaba sobre la superficie de las aguas.

Dijo Dios: «Haya luz», y hubo luz.

Dios vio que la luz era buena, y separó la luz de las tinieblas.

Dios llamó a la luz «Día», y a las tinieblas «Noche». Atardeció y amaneció: fue el día primero.

Dijo Dios: «Haya una bóveda en medio de las aguas, para que separe unas aguas de las otras».

Hizo Dios entonces como una bóveda y separó unas aguas de las otras: las que estaban por encima del firmamento, de las que estaban por debajo de él. Y así sucedió.

Dios llamó a esta bóveda «Cielo». Y atardeció y amaneció: fue el día segundo.

Dijo Dios: «Júntense las aguas de debajo de los cielos en un solo depósito, y aparezca el suelo seco». Y así fue.

Dios llamó al suelo seco «Tierra» y al depósito de las aguas «Mares». Y vio Dios que esto era bueno.

Dijo Dios: «Produzca la tierra hortalizas, plantas que den semilla, y árboles frutales que por toda la tierra den fruto con su semilla dentro, cada uno según su especie». Y así fue.

La tierra produjo hortalizas, plantas que dan semillas y árboles frutales que dan fruto con su semilla dentro, cada uno según su especie. Dios vio que esto era bueno.